

R. 2368

REVISTA DE MADRID





REVISTA  
DE MADRID

---

CIENCIA—LITERATURA—POLÍTICA

VOLUMEN I

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE AGUADO

*calle de Pontejos, núm. 8*

—  
1881

REVISTA

DE MADRID

CIENTIA—LITERATURA—POLITICA

VOLUMEN I

MADRID

1881



---

---

## AL LECTOR

---

En estos tiempos de grandes y merecidas amarguras; en presencia del revuelto torbellino que aflige al mundo; cuando los ejes de la sociedad saltan en pedazos al violento empuje de la barbarie contemporánea, es fuerza romper una lanza en defensa de los grandes principios sociales que fueron algun dia aliento vigoroso y sosten fecundo de la gente española, y que han de volver á informar la vida de nuestro pueblo, so pena de sumirnos en la mas espantosa ruina que vieron los siglos.

Estamos completamente invadidos. Como hay variantes en el mundo físico, y amanecen dias de plácida calma, de serenidad y de reposo, en los que luce el sol sus vistosos arreos, y la tierra toda parece un cielo de hermosura, y se suceden otros, preñados de tempestades, simbolo de la justicia divina, así la humanidad, bien inspirada á las veces, marcha por el camino de la virtud y del bien, y ciega y desalumbrada otras, corre á sepultarse, á la manera que en el mar sepúltase el río, en los escombros de lo que ella misma derrumba. Esta es la hora en que, lo mismo en el órden especulativo que en el práctico, solo vemos en nuestro derredor, doloroso es confesarlo, una decadencia general en los espíritus, que todo lo enerva, lo confunde y lo vicia, cuando tanto vigor habiamos de menester en el entendimiento, y tan nobles afectos en el corazon, para dar fin á la crisis tremenda en que vivimos. Fenómeno por todo extremo naturalísimo este que apuntamos; pues no en balde há ya mas de un siglo atormenta al linage humano traidora duda, harto mas fecunda en perniciosos resultados que la propia brutal negacion.

Ni siquiera el lenguaje se ha salvado en este general naufragio. ¿Por qué no habíamos de estar de acuerdo tÍrios y troyanos, v. g., en lo que es libertad, en lo que es civilizaci3n? Pues d3se manos 3 la obra; pregúntese qué tal andamos en punto 3 civilizaci3n hoy dia de la fecha, y ser3 una bendici3n de Dios el cúmulos de contradicciones que se observe en las respuestas.

Extasiados algunos con las maravillas de la industria; ante el telégrafo que suprime las distancias, ante el ferro-carril, que con la celeridad del relámpago nos trasporta 3 los últimos confines de la tierra, ante el espectáculo incomparable de las exposiciones, nobilísimo palenque en que los pueblos se disputan sus respectivas aptitudes con visible regocijo de las industrias todas; ante los triunfos, en fin, de la materia perecedera sobre el espíritu que es inmortal, os dirán sin ningun linage de vacilaciones que esta es por excelencia la era de la civilizaci3n, y en su loor entonar3n nunca oidas alabanzas. Otros, con mejor acuerdo, no tomar3n como termómetro para decidir acerca de la civilizaci3n de un pueblo dado la mayor 3 menor suma de sus progresos materiales, y mientras vean enloquecidos los entendimientos, efecto de la anterior corrupci3n de sus corazones, allí ver3n signos evidéntísimos de retroceso y de barbarie. Aquellos os dirán: «contemplad 3 París, 3 Viena, 3 Berlin, 3 San Petersburgo, y decid si alumbró jamás el sol 3 pueblos tan repletos de prosperidad y bienandanza.» ¡Donosa prosperidad! exclaman estos, como la que en apariencia gozaron en el mundo antiguo Ninive, Babilonia, Tebas, Roma y Cartago. Sepulcros blanqueados por de fuera y podredumbre por de dentro, que dice 3 otro propósito el Evangelio: «no hay civilizaci3n en un pueblo que desdeña la moral.» Y *plus minusve*, las mismas encontradas opiniones surgen al querer dar soluci3n 3 este 3 esotro problema. En el ínterin, apenas queda en pié una sola piedra del viejo edificio social, y para consuelo de los mortales, preséntase en la superficie, como redentora de este cáos, una generaci3n pedantesca, que ni sabe lo que quiere, ni 3 dónde va. En esta situaci3n, los que por misericordia divina tenemos el secreto para sacar de su abatimiento 3 las naciones, regidas, digan lo que quieran los fatalistas, por la Providencia, ¿hemos de permanecer impasibles en medio de la lucha? No, y mil veces no; pareceríamos un como desacato 3 nues-



tra Santa Madre la Iglesia, que tiene, sí, por hijo devotísimo suyo al que se entrega y consagra por entero á la vida contemplativa, pero que exige de sus hijos al propio tiempo, generoso entusiasmo, no desmayada actividad, la cual no se compadece con retraimientos insensatos, hijos del mas censurable pesimismo.

Hé aquí por qué venimos á tomar puesto en el combate. En nuestra bandera se lee este mote: «Inviolable respeto al dogma y á la moral católicos;» mas para evitar posibles caídas, que al fin y al cabo los redactores de la REVISTA DE MADRID, *homines sunt tamen*, someteremos nuestros escritos á la censura eclesiástica, sin cuyo visto bueno no verán la luz. En la defensa de los principios católicos mostraremos santa y bendita intolerancia, anatematizando valientemente el error, pero guardando con esquisito esmero—la santidad de Leon XIII acaba de mandárnoslo—lo que piden al escritor católico las leyes de la moderacion y de la cristiana prudencia. Lo hemos dicho en el *Prospecto*, y bien será repetirlo ahora: «guerra implacable al error, pero sin olvidarnos de que en el ejercicio de la caridad no cabe pecar por exceso. Mas en las cuestiones de conducta, en las que Dios dejó á las disputas de los hombres, protestamos de que allí estará nuestro desinteresado aplauso, donde se muestre la verdad, predíquela quien la predique, y salga del campo que saliere. Negar el agua y el fuego á cuantos, en aquello que sea discutible, se permitan no obedecer nuestras soberanas decisiones, pareceríanos tan insensato, como repulsivo nos parece el protagonista de un drama inédito, parto de buen ingenio, que presenta en escena á un padre salvaje, tan horriblemente monstruoso, como que castigaba, no ya con *mesuramiento e piedad*, segun escribe la ley de Partida, antes bien por cruelísima manera á dos de sus hijos, á quienes no gustaba aderezar las viandas, con no sé qué sal y pimienta que les echaba el padre. Este no puede, ni ha de ser, bien lo sabe Dios, nuestro criterio. Lo tenemos por absurdo, abstractamente considerado, y lo estimamos inconvenientísimo en los actuales momentos; que todo el supremo interés de los buenos debe consistir en deponer pequeñas diferencias, en dejar á un lado lo accesorio, y atentos á lo principal, formar un haz apretadísimo que contrareste el empuje revolucionario, en el cual caben por derecho propio—lo diremos ampliando una frase del inolvidable Aparisi—cuantos

oigan Misa y doblen humildemente la cabeza ante las enseñanzas infalibles del Pontífice y de la Iglesia. Los que así piensen tendrán un defensor en la REVISTA DE MADRID, en cuanto lo permita la índole de esta publicacion, que no descenderá por supuesto á eso que se llama el terreno candente de la política.

Hermosos son los colores de nuestra bandera; en sus pliegues se ve con asombro todavía la sangre que por salvar al mundo vertió Jesucristo Dios en el Calvario! El trascurso de los siglos no ha empañado su pristina incomparable belleza. Vengan á ella todos los hombres de buena voluntad, porque de esa bandera pende nuestro bien, nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurreccion. *In quo est salus, vita et resurrectio nostra.*

Dos palabras en otro orden de ideas.

La REVISTA DE MADRID ni ha de lindar en sus escritos con la gravedad, á veces soporífera, del libro, ni mucho ménos con la ligereza del periódico; propinará al lector, de acuerdo con la receta horaciana, lo útil con lo agradable. La poca extension que se dé á un punto determinado, no siempre deja sequedad en el espíritu. Platon, al escribir sus diálogos, no incurrió en amplificaciones enojosas y desleimientos inútiles. ¡Qué bien se hermanan, sin embargo, en sus escritos, la profundidad y la belleza!

Prescíndase de la persona humildísima que estas líneas escribe, pare mientes el lector en la gente, así de casa como forastera, que se ha domiciliado literariamente, si vale la frase, en la REVISTA DE MADRID, y dígasenos si es temerario confiar, como nosotros confiamos, en que con el favor de Dios, habrá de verse coronada por el éxito nuestra empresa.

En cuanto á los proyectos que tengamos en cartera y demás advertencias que suelen hacerse en estos casos, de todo esto hacemos gracia al lector; la gente está ya cansada de oír teorizar muy lindamente, pero nada más que teorizar, y lo que gusta es de que se predique con el ejemplo.

M. GARCÍA ROMERO.



## NUESTRO HONOR.

---

Al desembocar en los alegres tiempos en que vivimos bien podemos decir como Francisco I despues de la batalla de San Quintin: «todo se ha perdido menos el honor;» porque, sea como quiera, merced á un curiosísimo contraste de nuestras costumbres, podemos vivir sin vergüenza, y aun cabe que lleguemos á no poder vivir de otro modo; mas échese la cuenta, y sacaremos en limpio que sin honor no nos es permitido dar un paso en la vida, y ¡en qué ocasion! precisamente cuando la locomotora del progreso nos obliga á caminar á escape.

Claro está que para el caso crítico en que se encuentra la dignidad humana de nuestros dias, nos ha sido preciso crear un honor á propósito, un honor *ad hoc*, circunstancial, que nos permita envilecernos honrosamente á los ojos del mundo que nos rodea. Especie de hipoteca que inscribimos en el registro público como garantía de la consideracion que se debe al desorden de nuestras costumbres, al usufructo de nuestros vicios, y mas de una vez título respetable que autoriza el modo de buscarse la vida, establecido entre las gentes que no se sabe cómo viven.

No se trata ciertamente de esos honores graciosos que caen por la chimenea bajo la forma de una librea más ó menos bordada, de una cinta más ó menos descolorida, ó de una banda más ó menos espléndida; porque estos honores, puramente suntuarios, son detalles de la *toilette* oficial, ó dicho en castellano, porme-

nores del tocado teatral con que se engalana la gran comparsa en las solemnidades de cajon. Honores sin importancia, que apetecen todos los hombres insignificantes, y suelen no desdeñar los hombres de verdadero mérito.

No se trata del honor de esa vistosa perspectiva, de esa especie de coquetería de la vanidad vulgar, porque en resúmen no es mas que la satisfaccion externa del amor propio del vulgo de las gentes; fachadas por lo regular de edificios sin cimientos; casas colgadas por mero cumplimiento ó por interesada lisonja en los dias de fiesta oficial; honores de brocha gorda; tapicería que cubre la desnudez de las paredes; honor de relumbron, que si nos es permitido llamarlo así, diré que es la percalina de las personas.

No ciertamente, no es ese honor de antecámara que tan fácilmente relumbra en los dias de la prosperidad, y tan rápidamente desaparece en los dias del infortunio; no es esa espuma brillante que deja en usufructo la potestad que desaparece á la potestad que nace.

El honor, el único honor de nuestros dias, es más característico, mas trascendental, y mas filosófico; no son las plumas del pavo real, es el pavo mismo; no es el accidente, sino la esencia; no es el vestido, es el hombre, honor que al fin y al cabo exige una aptitud, reclama un mérito, y pide una prueba.

Todos sabemos que en Madrid es más fácil cruzar á un ciudadano que cruzar una calle, y que se dobla más fácilmente un capital que una esquina. Pues bien; no se trata de eso, porque al fin y al cabo en lo primero solo se encuentran honores de pacotilla concedidos á los hombres, y precisamente lo que nosotros buscamos en este momento es la especie, el género, la naturaleza de lo que llamamos hombres de honor.

Siempre han sido inclinados los hijos de Adan á tomarse la justicia por sus manos, y donde quiera que hay un ánimo ofendido, aparece inmediatamente un brazo levantado. Detrás de la



ofensa proferida por una lengua ligera, está, como detrás de la puerta, una mano por lo comun pesada. Así vienen las cosas desde el principio del mundo hasta los dias que alcanzamos, en que continuando el orden lógico de este procedimiento humano, detrás de los parlamentos están los motines; luego que han hablado las bocas de los hombres, prorumpen á su vez las bocas de los cañones; despues de la lengua la espada ó la navaja, el fusil ó el trabuco. Tal es el turno corriente, tal es el orden establecido. No es el juicio de Dios de la Edad Media, de que tanto hemos hablado, es la locura de los hombres de la edad presente.

Ese sistema de enjuiciamiento, que aplicado en conjunto no honra á ningun pueblo, aplicado individualmente constituye el único honor del hombre moderno. No hay forma de envilecimiento que no nos sea permitida, y en este punto la ley moral por que nos regimos ha llevado la tolerancia á los últimos límites de la munificencia. Creo, salvo todos los respetos, que si se diese un baile en un presidio, justo es reconocerlo, la crema de la sociedad, lo que brilla, lo que hierve, lo que negocia, lo que intriga, lo que vive, lo que triunfa, lo que influye, lo que está en todas partes, acudiría allí como á su propia casa.

Pues bien; lo único que no se nos permite, lo único que no se nos consiente á título de honor, es sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos. La indulgencia social nos absuelve generosamente hasta en aquellos casos en que los tribunales ordinarios han dejado en nuestra fama la sombra de su paso; pero su severidad es inexorable si eludimos la ocasion de dar á nuestra dignidad el testimonio de un lance de honor. Deshonrados nos compadece, nos saluda, nos sonrie, se codea con nosotros, y nos estrecha la mano, pero sin *honor* nos desprecia. Solamente el prestigio de una inmensa riqueza y el esplendor de una vida opulenta pueden alguna vez ponernos á cubierto de su inexorable valedictio. Y acontece que el oido humano confunde muchas veces el sonido del hierro con el sonido del oro, y ocurre con cierta fre-

cuencia que donde hemos creído oír los sordos latidos del grillete, nos hemos encontrado con las poderosas palpitations de un bolsillo repleto de monedas de oro.

Perfectamente: la sociedad hace la vista gorda; no se enfada porque apelemos á toda clase de medios para vivir holgadamente; se encoge de hombros, se guiña el ojo con indulgente familiaridad, y nos abre paso. Si conseguimos de algun modo..... ¡y hay tantos!.... salvar las irregularidades de nuestra vida de las imperitinentes contingencias del código, la sociedad por su parte nos absuelve, y cuando no puede absolvernó, nos indulta.

Mas por lo visto, necesita algun testimonio que le garantice la dignidad moral del hombre á quien abre la comunicacion de su trato, el esplendor de sus salones, la cordialidad de sus brazos, y pide un título de honor recogido de cualquier modo que sea sobre el *terreno*, ó al menos atestiguado por un acta honrosa hilvanada por los cuatro amigos encargados de tejer ó destejer el lance. Nos pide sencillamente en cambio de la vida que nos facilita, el honor que nos obliga á no perder ocasion de matarnos.

Puede el hombre en el trato corriente de la vida negar el saludo al que le molesta, negar la mano al que desprecia, negar el oído al que le importuna; puede negar su hija al pretendiente fastidioso, negar su casa á la visita impertinente, negar su bolsillo á toda solicitud agena, y aun á toda necesidad propia; puede negar á su padre, negar sus hijos, negar su familia; puede negar la autoridad, negar la justicia, negar la virtud; puede, en fin, negar sus deudas; puede negarse á sí mismo, porque una vez autorizado para negar á Dios, ¿qué cosa hay en el mundo que no pueda ser negada por el hombre? Pues bien: no le es permitido negarse á dar, al primero que la reclame, la satisfaccion de una estocada ó la reparacion de un balazo. Parece que se le concede la vida del mundo á condicion de que se la juegue en todo lance que se presente: se le prohíbe la conciencia en nombre del honor.

Hay algun motivo para creer que no teneis derecho á la esti-



macion de las gentes honradas; manos indiscretas se alzan á señalaros con el dedo; aunque en voz baja se habla de aquel negocio escandaloso, de aquel testamento falso, de aquella traicion ignominiosa, de aquella mujer engañada, de aquellos hijos abandonados. Empezais á sentir que sois un hombre perdido, á quien no obstante en todas partes se le encuentra. Eso sí, las gentes os saludan, sobran manos que estrechen vuestras manos, sea como quiera hay bocas que os sonrien; pero sentís que se os desprecia, estais, si puedo decirlo así, en el borde del código penal, entre el palacio y el presidio.

Pues bien, un lance, y todo ha concluido: la deshonra se convertirá en honor, la ignominia en dignidad. En las intimidaciones de la murmuracion saldrá vuestra vida en toda su vergonzosa desnudez; ¿pero quién podrá decir que no sois un hombre de honor, si habeis cambiado con cualquiera una bala, ó habeis cruzado con otro una espada?

A cualquier hombre honrado podeis elegir por cómplice de vuestra rehabilitacion; porque la honradez es frecuentemente tan cobarde, que no tiene valor para negaros su complicidad. No hay degradacion, no hay vilipendio, no hay ignominia de esas que bullen y llenan el mundo vestidas con los atavíos de la decencia, no hay conciencia ennegrecida por los envilecimientos, que amparada detrás de la pechera de una camisa limpia no tenga derecho á pedir satisfaccion á la honradez misma, como si la honradez tuviera muchas satisfacciones de que disponer en estos tiempos.

Siempre hay á la mano cuatro hombres, digo mal, cuatro caballeros, sacados de un garito, escogidos en un salon, tomados de un casino, ó encontrados en la calle, que están siempre dispuestos á dar bajo su firma patente de hombre de honor á todo el que, honrado ó deshonrado, pretenda hacer constar que no le teme á la punta de una espada, ni se le encoge la conciencia ante la boca de una pistola.

Detrás de las tapias del Retiro, en un rincon cualquiera de la

Moncloa, en el campo del Moro, en una encrucijada solitaria de este camino ó del otro, á espaldas de la ley, y en las barbas mismas de la autoridad, con el sigilo con que se fragua un crimen, con el escándalo con que se celebra, dos hombres, mutuamente ofendidos, estimados ó despreciables, ventilan la mayor parte de las veces, sin rencor, sin indignacion, sin razon, sin derecho y sin justicia un pleito de dignidad vergonzosa, espada en mano ó pistola al pecho.

El homicidio indigna y el suicidio repugna, y no obstante, nuestro único honor, el último honor que nos queda, exige ante el jurado de la sociedad, el homicidio como prueba, y el suicidio como testimonio. El honor que eleva nuestra dignidad á los ojos del mundo, necesita la patente de un doble crimen, autorizado por la presencia de cuatro testigos, que despues del lance celebran la catástrofe con un almuerzo. Hacen por la vida, despues de haber sido cómplices de la muerte.

Ignoro si el hombre deshonorado por sus vicios y envilecido por sus costumbres, sin Dios, sin virtud y sin conciencia, resulta más honrado despues de abrir un agujero en el pecho del contrario ó de recibir un rasguño en su cara sin vergüenza; pero sé positivamente que esa es la prueba definitiva del hombre de honor, que sea la que quiera su vileza, tiene derecho á reclamar todas las consideraciones del mundo.

Saber matar ha llegado á ser la ciencia perfecta de saber vivir.

El honor de la virtud..... ¡qué tontería!

El honor del talento..... ¡qué necedad!

El honor de la honradez..... ¡qué simpleza!

Honor el del homicida que espera á la víctima detras de la esquina de cuatro testigos. Si el homicidio infama, si el suicidio horroriza, nuestro honor es, en resúmen, el honor de la deshonra.

Triste honor que necesita el luto de un duelo.

J. SELGAS.



# LOS PARÁSITOS.

## ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA,

POR

D. SANTIAGO DE LINIERS.

### PRIMERA PARTE.

#### CAPITULO I.

##### UN COMERCIO MODELO.

La plaza de Duradon, capital de una de las más fértiles provincias de nuestra feracísima España, no era ciertamente en la época en que principia esta historia lo que suele llamarse un modelo de buen gusto; y el conjunto formado por las diversas construcciones que cerraban su recinto, no acertaba á producir en el ánimo del curioso viajero la impresion agradable que otras plazas de otras provincias ó de otros países deben causarle, segun las «Guías del Viajero,» códigos de entusiasmos forzosos y de admiraciones de encargo.

En diversas ocasiones, el activo ayuntamiento de Duradon habia puesto mano en la reforma del sitio más céntrico y principal del pueblo; pero la naturaleza, esencialmente transitoria de esta secular institucion de nuestra monarquía, solo acertó á sembrar la plaza de intentos tan patrióticos como contradictorios, no consiguiendo extirpar de raiz su deformidad constitutiva é inverteada.

Tambien la opinion pública duradonesa se preocupó frecuentemente de esta reforma, y por conducto de su órgano oficioso *El Eco del Aranduela* (periódico que semanalmente ofrecia un eco al

pátrio rio, más necesitado por cierto de aguas que de ecos), había resonado en varias ocasiones amenazadora y terrible en demanda de la suspirada mejora.

Pero, digámoslo ingénuamente; ni la gestión oficial de los intereses municipales, ni la opinión pública del vecindario, habían conseguido, hasta la fecha, ponerse de acuerdo en otra cosa que en desacreditar la infortunada plaza, y esta continuaba ofreciendo al espectador un conjunto monstruoso de todas las líneas conocidas y de todos los ángulos del círculo; sus casas variaban caprichosamente en color y en altura; muchas de sus calles no desembocaban en línea recta; y las que no partían de ella, tortuosas y sombrías, para llegar penosamente á cualquier parte, arrancaban soberbias y altaneras, y no arribando á ninguna, se detenían á los pocos pasos, como avergonzadas de la magnificencia inútil de su curso.

No faltaban ni en Duradon ni en los pueblos vecinos, filósofos (bien pudiéramos llamarlos naturalistas), que atribuían ciertos rasgos constitutivos del carácter público y privado de los duradoneses al influjo moral y físico de aquella inmensa plaza, abierta, no solo á todos los aires, sino á todos los extravíos artísticos, á todas las indiscreciones y á todas las curiosidades.

El viento se introducía por sus soportales, y cerraba con estrépito las vidrieras de los escaparates, apenas el industrioso comerciante se detenía un rato, venciendo las vacilaciones del parroquiano: el viento, disparado desde una callejuela como por una cerbatana, hinchaba la capa del respetable magistrado, y levantándola como espantosa tromba, ofuscaba y confundía á su propietario, haciéndole girar sobre sus talones para desembarazarse de ella, con grave mengua de su dignidad y decoro: el viento, al ehocar con una corriente contraria, arrebatava el sombrero de la cabeza del novel diputado, y no se detenía en su carrera, hasta introducirle en la trastienda de su rival, el boticario progresista, que hacia mofa y chacota con sus contertulios del momentáneo sonrojo de su enemigo político: el viento serpenteaba por entre los puestos de verduras, agitaba las vacías de las barberías, columpiaba los pantalones y las levitas del almacén de ropas hechas, silbaba y crujió por puertas y ventanas, y todo era presa para su furia incontrastable, lo mismo los pimientos de los puestos de



verduras que la sombrilla ó el paraguas del transeunte, los refajos de la aldeana, el manteo del sacerdote, y hasta la lápida (siempre movediza) de la constitucion recientemente promulgada.

Si los duradoneses—decian los naturalistas ya citados—son propensos á acreditar como verdades hipótesis maliciosas, fáciles en la murmuracion y prontos en el alijo misterioso de chismes, rumores y consejas, ¿no será por la facilidad que el viento de su plaza les presta para esta clase de navegaciones?

¡Ved si no—continuaban—partir de sus playas el frágil barquichuelo mal cargado y caminando de bolina! ¡Vedle cómo se detiene en las ensenadas del golfo, y cuál allí se carga y repone de combustible y vituallas; cómo ya zarpa con más brio, y cómo vuelve por la costa ceñido al viento, navegando como buen velero, para dejar en el muelle de los soportales el rico y variado cargamento, generosamente enriquecido en las estaciones de escala!

.....

.....

En uno de los más estrechos portales de esta plaza, expuesta á los ardores del sol en verano, y desamparada de todo abrigo en invierno, veíase una tienda de paños, tan primitiva en su forma y en la disposicion de sus géneros, que era casi única entre todas las de la plaza, y eso que ninguna brillaba ni por su novedad ni por su lujo.

Era su entrada tan angosta, su escaparate tan exíguo y su muestra tan pequeña, las piezas de paño que á medio desdoblar las unas, apiladas las otras ocupaban el mezquino estante de la tienda eran tan delgadas y el mostrador era tan estrecho, que al pasar por delante de la portada, parecia imposible que allí se comprara ni vendiera, ni que jamás se hubieran concluido de desdoblar aquellas piezas de bayetones de Pradoluengo y de paños de Villoslada, que allí vivian como entre hechizos, esperando en vano la hora de su libertad y desencantamiento.

Pero ¡cuán ligeramente hubiera juzgado quien aventurara este juicio, sin conocer personalmente al propietario de este establecimiento!

Don Pelegrin Burguillos era su nombre, nombre, como él decia, conocidísimo en cuantas ciudades se maneja la lanzadera

(dicho se está que en España su popularidad era muy limitada), y solo al verle comprendíase que prescindiese de esos falaces atractivos que la moderna civilización pone al servicio del comercio y de la industria.

Su persona era á la vez muestra y escaparate de su tráfico, y su rostro imperturbable y sereno, solo animado por cierto sonreír entre tolerante y sarcástico, indicaba al observador transeunte, que el comercio de paños en su manifestación mas perfecta, solo se encontraba en la plaza de Duradon, que su existencia tenía hondas y poderosas raíces en la felicidad del país, y que si alguien quería buscar el tipo acabado, el troquel primitivo y auténtico del mercader de paños, y dirigía una carta pidiendo muestras de géneros á otra casa que á la de

«Don Pelegrin Burguillos,

del comercio de

Duradon,»

se llevaría un solemnísimo chasco.

Todo esto espresaba el tranquilo rostro de D. Pelegrin, y después de advertir leal y francamente al público del peligro que ofrecía á sus intereses cualquier otro comercio que no fuese el suyo, qué había de hacer, cuando al irse encendiendo poco á poco los faroles de la plaza, empezaba á empaquetar lentamente las piezas de bayeta y de paño pardo, ¡qué había de hacer sino sonreír, compadecido de la ceguera de un público tan indiscretamente reñido con sus verdaderos intereses!

Si en aquellos momentos de tierna conmiseración, no exenta de serenidad imperturbable, hubieran anunciado á D. Pelegrin la consumación del más tremendo cataclismo social, seguro de que había hecho por sus semejantes cuanto había podido, invitándoles durante todo el día á que si querían emplear prudentemente sus capitales comprasen paños de su comercio, se contentaría con exclamar, sonriendo con superioridad protectora:

—¡Qué quiere V.! son insensatos; yo he hecho cuanto estaba de mi parte..... ellos se lo han querido; ¡infelices!

.....  
 .....



En una anochecer de verano, pesada y calurosa, ocupaba Don Pelegrín su sitio de costumbre, en el umbral de su establecimiento. Sin embargo, su rostro más grave que de ordinario, su aire de seriedad y de importancia, y las inquietas miradas que de vez en cuando dirigía al interior de la tienda, claramente indicaban que por alguna idea, ó trascendental ó extraordinaria, estaba dominado.

Si los escasos transeuntes que en aquella hora crepuscular discurrían por la plaza hubieran podido penetrar con la vista hasta el interior de la tienda, hubieran descubierto en el fondo más oscuro de ella unos ojos vivos y brillantes, aunque saltones, que respondían con significativo lenguaje á muchas, si no á todas, de sus miradas.

Era el propietario de los ojos saltones un muchachon que se ocupaba en aquellos instantes, además de mirar á D. Pelegrín, en cepillar activa y febrilmente las mangas, el cuello y las solapas de una chaqueta verde-botella, que con un chaleco de rasete, salpicado de caprichosísimos ramos, y una gorrita de terciopelo, que presentaba en su corte cierta analogía con un tomate en plena madurez, constituía todo el atavío visible de su persona. Suficientemente limpia la chaqueta, limpióse el muchacho el sudor que había hecho brotar en su frente lo penoso de aquel ejercicio, y poniendo entrambas manos sobre el mostrador, con ese salto de costado en que tan prácticos suelen ser los dependientes de comercio, sacó las piernas (desmesuradamente largas) por el lado opuesto, quedándose sentado tranquilamente sobre el tablero.

Tan acostumbrado debía estar D. Pelegrín á que este ejercicio gimnástico correspondiese con una hora fija de la tarde, que sin que sonase ningún reloj:

—Las siete—dijo—y ya es casi de noche; es extraordinario cómo han acertado ya los días.

Miró el mancebo saltador con cierta expresion de duda respetuosa al que así apreciaba la duracion de un día que le había tenido doce horas largas detrás del mostrador, limitándose á constarle entre distraído y sonriente:

—¡Ya, ya!

(Se continuará.)

## CRÍTICA TEATRAL.

---

*Sr. D. Miguel García Romero.*

Mi estimado amigo. Al manifestar deseos de que me encargue de la sección de *Teatros* en la REVISTA DE MADRID, me dispensa usted un obsequio que no puedo menos de agradecer, porque revela que me juzga V. capaz de apreciar el mérito de nuestras obras escénicas, si no acertadamente, siquiera con la imparcialidad y buena fe necesarias para autorizar los juicios. Esta honrosa distinción me pone, sin embargo, en terrible aprieto; pues si bien quisiera no aparecer ingrato con quien tan benévolo es conmigo, el complacerle en tal asunto es para mí muy enojoso. ¿Por qué? Lo diré en breves palabras.

El estado actual del teatro español no tiene nada de envidiable. Al fervoroso entusiasmo hijo de una vocación sincera, que producía obras como *Don Álvaro*, *El Trovador*, *Los amantes de Teruel*, *El hombre de mundo*, *¿Quién es ella?*, *Virginia*, *El tejado de vidrio*, *La Ricahembra*, y tantas otras como han logrado en nuestros días hombrarse con las mejores creaciones de los insig-nes dramáticos del siglo XVII, ha sucedido últimamente algo que no quiero calificar, pero que ha venido á convertir la vocación en oficio, más atento á las ventajas del lucro que á los encantos de la gloria. Esta deplorable tendencia, que va separando al teatro más cada vez del punto de mira á que se debiera dirigir, y que degrada tanto la inspiración (si inspiración puede llamarse la que da por fruto engendros tan baladíes), hace punto menos que imposible el ejercicio de la crítica formal, llamada naturalmente á más alto empleo que el de ocuparse en apreciar *disparates* ó *ju-quettes* que no merecen ser apreciados. Esto sin contar con que el número de los teatros donde tales cosas se representan es mayor



cada día, y por consiguiente mayor también el de las obrillas que se estrenan, destinadas, por lo común, á nacer y morir en muy breve plazo, como la rosa de que habla Calderón en uno de sus mejores sonetos, mas sin el delicioso perfume de aquella flor delicada.

Dados estos precedentes, ¿no le parece á V., amigo mío, carga demasiado pesada la que quiere echar sobre mis hombros? Eso de andar todas las noches de ceca en meca, ó lo que es igual, de teatro en teatro, corriendo como si dijéramos á caza de estrenos, para luego tener que dar caza con la pluma á desdichados autores ó á actores infelicitísimos, es cosa más grave de lo que parece á primera vista, y no cuadra ya muy bien con mis años ni con mis achaques. Fuera de que al cúmulo de teatros y de piezas nuevas que diariamente solicitan la atención del público, bastante por sí solo para fatigar y abrumar al más incansable *revistero*, hay que añadir el mayor tal vez de cuantos inconvenientes lleva consigo la crítica; es decir, la irritable vanidad de los poetas, tan quisquillosa é implacable ahora como en tiempos del padre Horacio.

De los disgustos que esa vanidad ocasiona al desventurado censor que no quiere pasar por todo ni perdonar ó disimular defectos, ansioso de encauzar bien la opinión y volver por los fueros del buen gusto, no puede V. formar exacta idea, porque aún tiene la fortuna de ser muy jóven. Yo, que por amor al arte (que ha sido para mí desde la primera juventud como una especie de religión), he luchado años y años en defensa de lo que me parecía bueno y bello, sé por experiencia propia los sinsabores que acarrea el no apreciar las obras dramáticas desde el punto de vista de sus respectivos autores, ni con el mismo interesado amor que cada cual de ellos profesa á los productos de su ingenio. Y no crea usted que hablo así á fuer de desalentado: semejante riesgo no me arredró nunca, ni me arredra ahora. Lo que sí me arredra es la obligación de hablar de cuantas obras nuevas se representen en nuestros teatros, no solo porque son muchas y la mayor parte de ellas apenas tiene nada que ver con el arte, sino porque juzgo que detenerse á examinar estas últimas es malgastar el tiempo, distrayendo la atención de los lectores de cosas más importantes é instructivas. Quédese el dar cuenta indistintamente de todas las novedades teatrales, para los periódicos *diarios* y *noticieros*.

Una revista formal, como la presente, solo debe hacerse cargo de aquellas obras escénicas que tengan verdaderas condiciones literarias, ó que por su índole especial puedan ejercer en el público y en la marcha y dirección del gusto dramático influencia nociva ó beneficiosa.

Si esto es lo que V. desea (y me inclino desde luego á creerlo así), cuente con mi humilde cooperación para la obra laudable que intenta llevar á cabo. Desertar del palenque en momentos azarosos, no es propio de mi carácter; y acaso nunca haya sido más necesario que ahora volver por la belleza ultrajada y por el baten gusto escarnecido.

La decadencia de la admiración y la benevolencia que consagra el público á los deplorables engendros ó presuntuosas creaciones que más ó menos intencionalmente se dirigen á pervertir y corromper, han llegado al punto más lastimoso. Permanecer en silencio, dejar pasar sin correctivo ó sin protesta lo que puede ejercer en la sociedad y en el arte influjo muy pernicioso, valdría tanto como hacerse cómplice de los ingenios que, deliberada ó indeliberadamente, pugnan contra el bienestar y el renombre de la patria. Esta sola consideración bastaría para decidirme á complacer á V. en los términos que ya he dicho, si no tuviese en ello, además, satisfacción muy cumplida.

Condenado á voluntario silencio el más grande quizá de los dramáticos españoles contemporáneos; muertos en menos de un año el insigne autor de *Consuelo* y el de *Los amantes de Teruel*, ambos altísima gloria de la edad presente; abandonado el teatro (salvo honrosas excepciones) á una falanje de escritores dotados de cierta travesura de ingenio y que conocen muy bien lo que puede agradar al vulgo, pero que prescinden por completo de la duradera fama fundada en la estimación de los doctos, ¿cómo extrañar que se halle aquél en tan deplorable estado? Cuando el público, que debiera ser juez inexorable de los desvaríos con que se procura divertirlo, acoje y aplaude insensatamente aun lo más desatinado y absurdo, ¿qué tiene de particular que la dramática de ahora se cuide menos de realizar lo bello con un fin puramente artístico de acuerdo con la moral y con la sana filosofía, que de halagar pasiones ó intereses ilegítimos, en desdoro de los principios del arte? ¿Ni cómo apreciar según ellos producciones



que sólo aspiran á entretener, por lo común á costa de la moral, del sentimiento, de la expresión, del estilo, de cuanto constituye la bondad intrínseca de toda obra literaria?

Esta situación del teatro, en cuya pintura no hay ni sombra de exageración, impone á la crítica deberes á que no he de faltar en el juicio que forme de los dramas ó comedias á que me refiera. Para cumplir imparcialmente con tal obligación, trataré de examinarlos desde el punto de vista que más les cuadre, sin rendir tributo á ningún género de caprichoso exclusivismo. Aunque algunos rechacen hoy la autoridad de Boileau, por lo mucho que extremó á veces su doctrina, fuerza es confesar que sentó un principio tan amplio como inconcuso al sostener que en materias artísticas *todos los géneros son buenos, excepto el fastidioso*. ¿Y cómo no? ¿Quién es capaz de atajar el vuelo de la fantasía, ni de poner coto á la inmensa variedad de que son susceptibles sus creaciones? Empeñarse en ajustarlas al molde fijo é invariable de determinada escuela, ¿no es en cierto modo renegar de la libertad del espíritu?

Pero la diversidad de géneros y de gustos no excluye en manera alguna la necesidad de que las obras poéticas se acomoden, dentro de su índole propia, á condiciones y reglas capaces de producir belleza. Desentenderse de estas reglas y condiciones es condenarse á engendrar mónstruos.

Dicho esto, permítame V. extractar aquí algo de lo que yo mismo escribía hace más de treinta años para indicar lo que á mi juicio debe ser en sus aspiraciones y tendencias el drama de nuestro siglo. Aunque se ha repetido una y mil veces que es de sabios mudar de consejo, yo, que no lo soy, puedo ufanarme de persistir en las mismas ideas. Hasta ahora nada ha venido á convencerme de que sean erróneas.

La sociedad moderna, nacida en brazos del cristianismo (decía yo por aquel entonces), es hija de la más pura manifestación de la verdad eterna, y ha crecido al amor del que unió en su persona la naturaleza humana con la divina para reconciliar en sí mismo todas las cosas. El drama engendrado en esta sociedad sería, pues, indigno de su origen, y no correspondería á las naturales exigencias de su importancia civilizadora, si aspirase únicamente á servir de apóstol á ciega fatalidad ó á una individuali-

dad rebelde, contentándose con presentar en escena la expiación de la culpa, en vez de ofrecer el espectáculo del sacrificio que conquista el premio. Considerado desde ese punto de vista, el drama actual debe desarrollarse al calor de la esperanza, debe ser el drama de la *Providencia*; porque ésta, como el ángel á las almas puras, va conduciendo progresivamente á la humanidad al suspirado término de su regeneración.

Claro es que para el cabal desarrollo de tal idea sería necesario apelar, ó al drama místico de Calderón, que hoy no estaría en consonancia con las entibiadas creencias de la multitud, ó al metafísico de Goethe, Mickiewicz y Byron, que apenas cabe en la escena, y lo que es peor, ni en el limitado entendimiento de una gran parte del público. Pero si es difícil abarcar una síntesis en toda su magnitud,—descendiendo de lo general á lo particular, pintando los afectos del alma con expresión hija del conocimiento de la vida futura, se conseguirá mostrar con exactitud algunas facciones, y por este medio dar razón de lo que debe ser el rostro.

Lejos de divorciarse de la moral, lejos de rechazar la filosofía, el drama necesita hermanarse con una y otra para llegar al noble fin á que está llamado. Cuando se aprovecha de tan vigorosos elementos de vida y los utiliza con discreción, se remonta á las regiones en que reside la mayor belleza que el hombre puede concebir, y realiza portentos.

Bueno que no se convierta el teatro en una especie de cátedra, donde la aridez y sequedad de las lecciones ahuyente á los que deben agradarse en recibirlas; pero siempre que sea posible encerrar en el fondo de la obra dramática un pensamiento moral ó filosófico de enseñanza provechosa, y que el arte levante sus ojos al cielo, conociendo que de allí viene la luz y que allí está la fuente inagotable de toda verdad y toda belleza, realizará dignamente su destino, y recojerá lauros que no podrán marchitar los caprichos de la moda, ni la veleidad ó tiranía de las diversas escuelas.

Verdad es que para estimar debidamente lo bello hay necesidad de percibirlo, y que el glacial egoísmo de nuestros días, ávido de goces materiales y de sensaciones groseras, no es muy á propósito para amar y comprender la belleza ideal que nos eleva y engrandece á nuestros propios ojos; mas por eso mismo es cada



vez más indispensable y urgente despertar á los que yacen en tan odioso letargo, é infundir savia de vida nueva en las almas moribundas, próximas á sucumbir devoradas por la propia corrupcion.

Sentadas estas premisas tocantes á lo más fundamental y sustancial de la obra escénica, sólo añadiré por ahora, ínterin se ofrece ocasión de aplicar y desenvolver lo dicho en párrafos anteriores, que en el drama, tal vez más que en ninguna otra clase de poemas, la expresión debe ser natural y adecuada al pensamiento; el estilo correcto y puro; el lenguaje claro y castizo, para que no pervierta el gusto del auditorio.

Ni es ya menos necesario y urgente que llamar á los poetas dramáticos al terreno donde se cultiva la verdad y florece la belleza artística, señalar á nuestros actores el camino que conduce á la perfección de su arte. En nada tanto como en eso es de sentir el abandono ó deficiencia de la crítica de teatros, limitada por lo común á decir que tal actor *se excedió á sí mismo* en el desempeño de su papel, ó que tal otro lo hizo *detestablemente*. Poca enseñanza sacarán de semejantes juicios los infelices juzgados.

En esto de los actores sucede algo de lo que pasa con los autores; pues si muchas de las piezas que estos escriben no merecen los honores de un examen detenido, en la mayor parte de los casos lo merece menos el modo de interpretarlas. Lo cual no impide que á veces se apure el catálogo de las hipérboles para encarecer á unos y á otros. La injusta censura, que con razon saca de tino al actor de mérito (pues si suele ser grande la vanidad del poeta, la del actor no le va en zaga), le es, sin embargo, mucho menos perjudicial que el aplauso injusto ó el elogio desmedido. Aquella se limita, por lo común, á producirle una incomodidad pasajera. El elogio desmedido y el aplauso injusto contribuyen á fortificarlo en sus errores induciéndole á tomarlos por aciertos, ó á separarlo del buen camino, si en él andaba vacilante, para amanerarlo, pervertirlo, y hacerle poner en olvido que la verdad de expresión depende de la verdad en la acción y en el modo de recitar.

Á estudiar cómo interpretan nuestros primeros actores ciertos caracteres dramáticos, á demostrar razonadamente hasta qué punto se apartan de la verdad humana ó se identifican con ella,

y cuáles son las buenas ó malas partes del método especial de declamación adoptado por cada uno, consagraré varios artículos cuando llegue el caso. Los lectores de esta REVISTA no han de estimar seguramente como cosa de poco momento la apreciación de las condiciones y el mérito de los cultivadores de un arte cuyas dificultades son tanto mayores cuanto es más vario, indeterminado y complejo el estudio que necesitan hacer, en la misma naturaleza viviente, del hombre y de sus pasiones.

No dirá V., amigo mio, que me comprometo á poco por corresponder á su amable invitación y darle gusto, aun no teniéndole yo grande en discurrir sobre materias teatrales que exigen cierta perentoriedad, nada compatible con mis muchas ocupaciones. Mas ya que he tomado la pluma para dirigirle esta carta, permítame V. que, antes de ponerle fin, tribute recuerdo afectuosísimo al ilustre poeta de *El Trovador* y de *Juan Lorenzo*, al preclaro García Gutierrez, que ha hecho ver con universal aplauso de qué modo sabe convertir en brillante *Un grano de arena*, á despecho de los años y de los achaques, y cuán superiormente ha conseguido hermanar en tan linda joya, con el arte sobrio del maestro y con otras calidades muy peregrinas, la espontaneidad, la frescura, el encanto y lozanía de la juventud. Reciba mi más cordial enhorabuena por el merecido triunfo que le ha conquistado su última obra, testimonio elocuentísimo de que no envejece el alma. Recíbanla también el Sr. Mario y sus actores del teatro de la Comedia por el amor con que han acogido y representado *Un grano de arena*, honrándose todos en honrar á quien tanto lo merece.

De V. siempre afectísimo amigo,

MANUEL CAÑETE.



## À CALDERON,

POETA DE LOS AUTOS SACRAMENTALES.

---

Cristo á tu alma en el altar desciende  
 De amor prendiendo la infinita llama,  
 Que en tus divinos cantos se derrama,  
 Y cielo y tierra de placer suspende.

De allí radiante su beldad trasciende  
 A cuanto sér tu pensamiento inflama,  
 Desde el insecto que las flores ama  
 Hasta el lucero que remoto esplende:

Y espresando la cósmica armonía  
 Que en tu sublime espíritu condensas,  
*Cristo es Dios, Cristo el pan fervido* entonas:

Repítenlo crecientes á porfia  
 En círculos sin fin voces inmensas,  
 Y se vuelven estrellas tus coronas.

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

## SECCION BIBLIOGRÁFICA.

---

Noble y utilísimo propósito es el del Director de esta Revista, cuando quiere y dispone que figure en ella una sucinta relacion y un breve juicio de los libros publicados durante la quincena. En España, donde aun las Revistas más calificadas no dedican á la crítica de libros nuevos (que suele ser mero anuncio) sino la parte menor de sus columnas, y esto sin consideracion al relativo mérito ó trascendencia de las obras juzgadas, sino segun place al capricho ó á las aficiones de cada uno de los editores, justo es que haya una Revista dedicada en primer término á dar cuenta del movimiento literario, y á juzgar, sin pasion ni encono, ni locos entusiasmos, todo lo digno de literaria censura. Así comprendemos y aplaudimos el objeto de esta *Seccion bibliográfica*, y solo nos duele el que la buena y probada amistad de su propietario, más bien que méritos propios, hayan puesto sobre nuestros hombros tal carga, que procuraremos llevar con brió, aunque no con gallardía, dispuestos como estamos á decir la verdad á todos y sobre todo, sin linaje alguno de contemplaciones; seguros de que la mayor y más fructuosa empresa (preliminar de cualquier otra) que puede acometer la crítica española, es limpiar de malezas el campo de nuestra literatura. Sin más preámbulos, pasemos á indicar las novedades bibliográficas del último mes, en cuanto han llegado á nuestra noticia, pues bien sabido es que en España, por las singularísimas condiciones del comercio de libros, no basta la más exquisita diligencia para adquirir todo lo publicado, ni aun noticia fidedigna de ello.

I. Empecemos por las reproducciones de libros antiguos, que en la actual miseria y carestía de producciones nuevas, es bajo cierto aspecto el renglon más importante, así como el más codiciado por los bibliófilos, y el que más suele honrar nuestra tipografía. Pasó, gracias á Dios, aquella funesta indiferencia con que veíamos salir de nuestro



mercado, para enriquecer los extraños, las más preciadas joyas de nuestra literatura, las ediciones *príncipes* de nuestros clásicos. Si antes era *avis rara* un bibliófilo, hoy menudean donde quiera, y los hay ricos, diligentes y generosos. Hoy un *Romancero*, un *Cancionero*, un libro de caballerías obtienen en nuestra plaza (tecnicismo mercantil) tan altos precios como en París y en Londres, y hay quien los dé gustoso, y se ufane con ello. Noble y discreto lujo, mucho más digno de potentados que una coleccion de diamantes ó una espléndida tapicería de hilos flamencos.

Ni se ha quedado la afición en recoger y átesorar, sino que ha venido por sus pasos contados la de reimprimir, para bien y solaz de las letras y consuelo de los que, no logrando poseer las copias, han de contentarse con los traslados. Ciertó que en tales reproducciones, cuya série formará en breve (con sus defectos y todo) rica coleccion de documentos literarios é históricos de los siglos XVI y XVII, y aun de tiempos anteriores, no se ha procedido siempre con el mejor tino. ¿Qué hombre de gusto podrá tolerar la mitad, por lo ménos, de los volúmenes que ha estampado la *Sociedad de Bibliófilos españoles*, que es, como si dijéramos, la aristocracia del género? ¿Qué infatigable leyente pudo dar nunca cima á *D. Lazarillo Vizcardi*, novela *musical* del P. Eximeno? ¿Qué importan al vulgo de los mortales el *Libro de las aves de caza*, aunque el nombre de su autor lo escude, ni el *De la Cámara real del Príncipe D. Juan*? Y sin embargo, lejos de enmendarse, á pesar del general hastío de los suscritores, proseguia esta Sociedad divulgando libros como el de *El potro, y descendencia de los caballos Guzmanes*. ¿Qué puede buscarse en tales libros sino su rareza (que con reimprimirlos se les quita), ó la satisfaccion de una vana y pueril curiosidad? Ultimamente, los bibliófilos parecen haber mudado de rumbo, y nos han dado en un grueso volúmen el *Romancero* de Pedro de Padilla, uno de los improvisadores más felices y de los poetas más fecundos de fines del siglo XVI, pero escritor tan desigual, y á trechos prosáico, que el mismo Cervantes (con ser la indulgencia misma, y además grande amigo del autor) tuvo que decir de su *Tesoro de varia poesía*, que «valieran ellas más si fueran ménos.» Autores semejantes, en quienes la escoria anda revuelta, y en gran cantidad, con el oro, quizá no merecieran publicarse íntegros; mas, en fin, lo que abunda no daña. Pero lo verdaderamente intolerable es la manera cómo han impreso los bibliófilos éste y la mayor parte de sus libros,



con poca correccion, y á veces con groseras erratas, sin notas críticas ni ilustraciones de ningun género, y con un prólogo tan sumamente rápido y superficial, que ni de Padilla, ni de su libro, ni de la literatura á que pertenece puede formarse por él cumplida ni aun mediana idea, dado que el prologuista ni siquiera establece distincion clara entre los primitivos romances y los imitados, artificiales y contrahechos, á cuya laya pertenecen los de Padilla: todo como si aún no hubiesen escrito Fernando Wolf y Milá y Fontanals.

Otra coleccion de *Escritores castellanos*, impresa con exquisito gusto tipográfico, ha comenzado este mes á publicarse. No descubriremos los nombres de los editores, ya que ellos se ocultan con loable modestia. Su propósito no es exhumar lo raro, únicamente por raro, sino dar, en tomos correctos y manuales, lo raro juntamente con lo vulgar, siempre que uno y otro sea bueno y digno de aprecio. El primer tomo, que á la vista tenemos, no desaira estos fines y esperanzas. Comprende el *Romancero espiritual* del Maestro José de Valdivielso, con un elegante prólogo del P. Miguel Mir, de la C. de J. Fué el Maestro Valdivielso verdadero poeta del cielo, puesto que nunca dedicó su pluma más que á asuntos sagrados, y junto con esto, facilísimo poeta, lleno de lozanía y gracia, aunque la excesiva abundancia y la mal represada prodigalidad le dañasen. Su poema de San José (que por el plan y desarrollo no llega á ensayo épico, y se queda en vida de Santo puesta en verso) es el tipo del género en castellano. En pocas partes se hallarán tan felices octavas y tanto lujo de diction; en pocas, asimismo, una falta tan completa de sobriedad, de concierto y de gusto. Lo mismo digo de su *Sagrario de Toledo*. Mucho más valen sus *Autos sacramentales*, que en mi concepto vencen á los de Lope, y emparejan con los de Calderon, y no les va en zaga este *Romancero espiritual para los esclavos del Santísimo Sacramento*, superior á cuanto hicieron en el mismo linaje de poesía, Juan Lopez de Ubeda, Bonilla y Alonso de Ledesma. No se crea que en la obra de Valdivielso es todo oro puro, antes está afeada por rasgos culteranos, por conceptuosas alegorías, y disfraces, y extrañas metáforas de los más augustos dogmas de nuestra Redencion. Pero estos mismos defectos son para nuestra historia literaria de grande enseñanza, y el libro, en conjunto, puede tenerse como ejemplar y dechado de aquella devocion española del siglo XVII, tan sana é infantil, y al mismo tiempo tan poética, que no veia mal en nada, y retozaba en el templo como niño candoroso. Y en lo bue-



no de este *Romancero* (que es la mayor parte), ¡qué suavidad, qué sencillez é inagotable ternura, qué desafeitadas elegancias y divino sabor de lengua, qué devocion tan ingénua y comunicativa, qué afectos de alma casta y buena, como lo era sin duda la del poeta!

Solo echamos de ménos en esta linda publicacion algunas notas críticas que, poniendo de manifesto ciertos primores del libro, aclarasen sobre todo las cuestiones métricas y aun musicales que de su lectura resultan, pues para cantar se hicieron la mayor parte de estos versos, y quizá se cantaron, y de hecho procuró el autor ajustarse á la música y letra de las canciones profanas más en boga en su tiempo, como hicieron casi todos nuestros autores de versos espirituales de sabor algo popular.

II. Las publicaciones de documentos históricos se multiplican, y hasta los editores de la coleccion de libros españoles raros y curiosos, curados, segun parece, de su antigua y exclusiva aficion á las *Celestinas*, han impreso últimamente dos tomos de importantes relaciones, uno de cosas del Perú y de Chile, otro de guerras de los Estados de Flandes.

A otra historia aun más interesante, á la de las obras del espíritu, de la virtud y del saber, pertenece la curiosa coleccion de cartas que, con el rótulo de *Galería de Jesuitas ilustres*, ha coleccionado hábilmente el P. Fidel Fita, entresacándolas de las muchas y preciosas cartas *de edificacion* que posee la Academia de la Historia. Con decir que entre estas biografías, modelos casi todas de lengua castellana en sus mejores tiempos, figuran las del P. Rivadeneyra; el P. Antonio Rubio, esclarecido filósofo; el popularísimo ascético Alonso Rodriguez; el famoso predicador de Felipe IV Fr. Jerónimo de Florencia; el escriturario Gaspar Sanchez; el P. Henao, tan hábil propugnador de la *ciencia media* como docto historiador de las provincias vascas; el P. Larramendi, sin igual entre los vascófilos; y el P. Burriel, infatigable explorador de nuestros archivos y luz de nuestra historia eclesiástica y aun civil, queda á la vista el interés de este volúmen, formado todo con noticias inéditas. Pocos hay que en tan corto espacio contengan tantos datos de provecho y tan sabrosa lectura.

III. La *Biblioteca clásica* del editor D. Luis Navarro, que sigue divulgando en traducciones nuevas ó reimpresas de las antiguas, lo más selecto de griegos y latinos, acaba de repartir las *Tragedias de Esquilo*, interpretadas en prosa castellana por D. Fernando Brieva, catedrático



de la Universidad de Granada, y seguidas de largas notas con honores de comentario perpétuo. Todo elogio nos parece pequeño para una obra hecha con tanto amor y conciencia. Esta es la primera vez que aparece Esquilo en castellano. La traducción es fiel sobremodera y muy castiza, aunque de sabor algo extraño y arcaico. En la inteligencia del texto, el autor hace gallarda muestra de sus conocimientos helénicos, y aún más en las notas, donde sagazmente discute las variantes, enmiendas y conjeturas de Herman, Weil, Dindorf, Ahrens, etc., y aun expone algunas originales y muy ingeniosas. Tiene esta versión ciertas novedades y extrañezas, que han de dar en ojos á algunos lectores. Aplaudimos que el Sr. Brieva haya dejado en griego los nombres de las divinidades. Hora es ya de que desterramos, como lo han hecho los alemanes, y empiezan á hacerlo italianos y franceses, la mala costumbre de designar á los dioses griegos con nombres de divinidades latinas, no poco diferentes. Ni Vénus es sinónimo de Afrodita, ni Mercurio de Hérmes. Pero si en esto merece loa el Señor Brieva, quizá no haya muchos que le sigan en lo de conservar la escritura etimológica en todos los nombres derivados de estirpe griega, aun los más conocidos, como *philosophia*, *hymeneo*. Y aun puede pasar este purismo cuando no hay riesgo de equivocación; pero ¿quién ha de leer *coro* cuando ve escrito *choro*? La *ch* castellana tiene ya un sonido diverso del de la *ch* latina, y no corresponde como ella al X griego; ni es lícito que en nuestra sencillísima escritura vayan los signos por un lado y la pronunciación por otro. Estas novedades exóticas han de introducirse con mucho pulso.

De traducciones de lenguas modernas merece recordarse la elegante y ajustadísima al original, que ha hecho del *Romeo y Julieta* shakespeareanos el Sr. D. Guillermo Macpherson, que antes había trasladado con igual esmero el *Hamlet* y el *Macbeth*, y que esperamos no desmaye en su empresa de poner en castellano todo Shakespeare, tantas veces intentada, y nunca llevada á término.

IV. De literatura militante poco hay que registrar, fuera de un tomo de *Historias novelescas* del actual Duque de Rivas, digno heredero del nombre que lleva. Contiene cuatro novelitas cortas, muy dignas de alabanza por la discreta sencillez de los asuntos y la sobriedad de la narrativa. Con todo eso, el Duque nos agrada más como poeta lírico, personal é íntimo, que como novelista.

V. Con el título de *Echegaray; su tiempo y su teatro* ha publicado un



grueso volúmen D. Fermin Herrán, entusiasta *dilettante* de Vitoria. Sobre el mismo asunto escribió otro libro, del mismo jaez y no ménos grueso, un filósofo krausista de la Habana. ¡Bueno van poniendo al Señor Echegaray sus admiradores! A mí solo se me ocurre decir con Quevedo:

• Es cosa impertinente

Que quien escribió ayer, hoy se comente. •

Y no entramos en el análisis de estos libros, porque para ello sería preciso hablar de los dramas del Sr. Echegaray y meter la hoz en miés ajena. Crítico dramático, que lo hará de perlas, tiene esta Revista.

VI. Ha salido á luz el tomo V de las *Disquisiciones náuticas* de Don Cesáreo Fernandez Duro, compilacion amena é instructiva, aun para los profanos, á poco que entiendan de cosas de mar, ó hayan nacido cerca de ella. Trata este tomo de la fábrica de las naos y de todo lo relativo á su armamento, aparejo y arqueamiento; todo con muchas citas de libros y papeles poco sabidos.

M. MENENDEZ PELAYO.

Santander 1.º de enero.

# CRÓNICA POLÍTICA

## DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

---

### I.

En hora verdaderamente triste para los intereses fundamentales de la sociedad y de la civilización europea, empieza LA REVISTA DE MADRID su crónica política.

Vencidos más ó ménos en el interior y en el exterior los genuinos representantes de las antiguas instituciones, tal como las había forjado el lento trabajo de los siglos; pujante en casi toda Europa el viejo espíritu protestante, ganoso de tomar en el último tercio del siglo XIX la revancha del siglo XVI; apoderados de los gobiernos las logias, y de las cátedras los sofistas; ateridos por el desengaño los corazones generosos; excitados los apetitos concupiscentes de las masas descristianizadas; divididos los buenos en el bien; unidos en el mal los peores, Europa parece como que atraviesa de nuevo una de aquellas crisis solemnes en que, creyéndose llegada la última hora del planeta, se sumían las generaciones en la desesperación, bien buscando en el seno de la orgía los últimos destellos del placer, bien entregándose deliberadamente á la inacción, hija y madre á la vez del fatalismo y la impotencia.

Porque elevándose sobre los secundarios puntos de vista de facción, bandera, partido, dinastía y forma de gobierno, para colocarse sobre la excelsa cumbre de los principios absolutos y eternos, desde donde únicamente se abarca en su conjunto y se domina por completo la marcha de la humanidad sobre la tierra, es indudable que el horizonte que se descubre, aterra el ánimo más esforzado, no porque muestre en apiñado monton los negros nubarrones de la borrasca pasajera, tras de los cuales brilla esplendente el sol de mediodía, sino por la uniformidad y silencio de las tinieblas, que presagian con su inmovilidad el reinado eterno de la noche.

Porque no vemos, es verdad, los tigres y leones desgarrando en la arena de los circos los miembros del cristiano; ni oímos el galope de los corceles del desierto sobre las ruinas de la cristiandad; ni el chisporroteo de las hogueras del libre exámen, alumbrando la cuna de la



libertad del pensamiento; ni suben hasta nosotros las oleadas de sangre y cieno, en que trataron de purificar á la Europa cristiana los catonianos filántropos de la revolucion francesa.

Pero si, como dijo no há mucho un esclarecido prelado, honor y gloria del episcopado y la tribuna, no vemos leones..... porque se han acabado, vemos en cambio, segun palabras del mismo orador, zorras astutas y villanas, embarazadas con su larga cola, pero no menos sedientas de destruccion y de rapiña; y si los hielos del Norte y los arenales del Mediodía no nos amenazan con el bárbaro salvaje de la naturaleza, las poblaciones industriales nos emplazan con el bárbaro corrompido de la civilizacion; y si el fuego de las hogueras no ilumina nuestra conciencia, á la vez que abrasa nuestros cuerpos, el hielo de la indiferencia pública, á la par que mata y paraliza todos los esfuerzos del bien, condensa la niebla engañadora ante los ojos, encubriendo el horror de los abismos; y si la guillotina no chorrea incesante torrentes de sangre generosa, las prensas de los sofistas sudan impunemente la tinta que ha de convertirse en petróleo en las manos de los sectarios.

No, es verdad, el mal, por fortuna ó por desgracia, en nuestros dias no se llama ya Neron ni Diocleciano, Atila ó Gengiskan, Enrique VIII ó Isabel, Robespierre ó Dantón, se llama simplemente *Rabagás*; pero esto precisamente prueba el estado de postracion de la sociedad que tiraniza, que en vez de presentarle y oponerle víctimas que lo confundan con su grandeza, y que lo anonaden con su union, solo le ofrece sociedades insensibles á todo lo que no sea el tanto por ciento, políticos acomodaticios, vencedores que no saben hacerse dignos de la victoria, vencidos que no saben llevar el luto de su causa, grandes que buscan con afan la manera de hacerse pequeños, y pequeños que no quieren hacerse grandes, porque prefieren la division á la concordia, anteponiendo lo accesorio á lo principal, y el medio, aun dentro de lo lícito, al fin, y elevando á dogma el pesimismo, y erigiendo en norma de conducta la inaccion, se condenan á esterilidad perpétua, esperando que lluevan del cielo sus imposibles, cuando no fantásticos ideales, mientras el tiempo y la muerte aclaran sus cada vez más mermaidas filas, y acaso acaso el lobo hecho pastor extermina poco á poco el rebaño, bajo el pretexto de que puede haber algun lobo encubierto con la piel de la oveja.

En medio de tanta tristeza y desolacion, sin que nuestra débil mirada pueda hoy descubrir el bien que Dios habia de sacar de tanto mal, cuando lo permite, entrevemos un horizonte que nos abre la misma necesidad de ver en medio de tan uniformes tinieblas.

Sea porque todo ha de pasar en los cielos y sobrè la tierra, excepto la palabra de Dios; sea porque no hay familia, institucion ni clase que no haya tomado parte en la conjuracion anticristiana, lo cierto es que las unas porque se extinguen, las otras porque se imposibilitan, las



demás porque se corrompen, todas se van desmoronando en la historia, como ruinas de templos, alcázares y fortalezas, que fueron un tiempo centros de vida y de animación, y que solo son hoy, como poéticamente nos dice Víctor Hugo, «últimas centinelas de un campamento dormido para siempre, que velan todavía.»

Y como por grandes que sean estas ruinas, dando al olvido que si unas veces fueron tabernáculos de la verdad y albergues de la justicia y del honor, otras fueron panteón de todos los ídolos y mansion de malandrines y follones; como por augusto que sea su recuerdo, es más grande que ellos la cruz que ostentan en sus muros, y como la cruz no ha de morir, es necesario que la cruz se levante sobre otros monumentos; y si los monumentos no se construyen, que la elevemos en nuestras manos, como símbolo de unión, de esperanza y de fe.

En el terremoto universal que viene conmoviendo á la sociedad, no hay edificio seguro; los más formidables se cuartearon ó cayeron, y si la cruz no ha de cubrirse de escombros, fuerza es sacar al campo la cruz y guarecerse todos á su sombra, porque ya antes de morir, decía á esta sazón Aparisi, «á la sombra de la cruz nacimos, á la sombra de la cruz moriremos.»

La realidad viviente y pavorosa de los problemas sociales que ha puesto en evidencia la revolución, al dar en tierra con la fábrica del mundo antiguo, ha dado por resultado la división de los espíritus serios en dos campos, el positivismo de abajo y el positivismo de arriba, ó el cielo ó el suelo. Renunciar á las ventajas reales de cualquiera de los dos en aras de ilusorios y quiméricos ideales, es ya un puro qui-jotismo, y á Don Quijote le sepultó hace ya tres siglos Cervantes, bajo el peso de las burlas de Sancho Panza y del buen sentido del cura; así, pues, ó Dios nos cierra todo camino á la esperanza, ó quiere que la busquemos en la falta misma de camino, rompiendo campo adelante para agruparnos en torno de la Cruz, única bandera que ondea izada sobre tanto pabellón hollado y tanto estandarte abatido, lábaro de salvación y de vida que brilló á los atónitos ojos de Constantino, con aquel lema que decía: *In hoc signo vinces*. Con este signo vencerás.

Véngase ó no, lo cierto es que este es el símbolo de la lucha, y que, como Monseñor Freppel decía hace poco tiempo á los bretones, «ese es el signo para reunir á los dispersos.»

En el trascurso de esta crónica, veremos si los dispersos se congregan á la sombra de la Cruz, ó si siguen desbandándose por los campos, para que más fácilmente y en detalle los acuchille el enemigo.

## II.

Empezando, como es natural, nuestra crónica por España, el ánimo más sereno vacila al juzgar la situación que atraviesa; porque si por un lado, la falta de entusiasmo en los buenos, consiguiente al desva-



necimiento de los ideales más queridos; la creciente osadía de los malos, que sorprendidos al no verse en el banquillo de los reos, toman por asalto la tribuna de los acusadores, esperando usurpar mañana el dosel de los jueces; lo incompleto de las medidas de reparación religiosa y social que se han llevado á cabo, y la propaganda revolucionaria que, merced al atrevimiento de los unos y al enervamiento de los demás, está infiltrando de nuevo el virus de la rebelion, en una sociedad que acaba de estar al borde del sepulcro por la crisis que atravesó, al manifestarse en erupcion desoladora ese mismo virus interno que en análogas épocas la inocularon, induce á sospechar que los tiempos que corren son aquellos que Balmes calificaba como *peores que la revolucion*; por otra parte, el estado relativamente mejor que en comparacion con la mayor parte de la Europa y con los recientes periodos de la historia pátria, gozan en España la libertad de la Iglesia, la paz pública y el órden social, preparan el alma á cierta dulce resignacion, que despierta la universalidad de un mal que nos alcanza en sus menores proporciones.

Sin que perdamos de vista que Dios guia á los hombres á través de los males en busca de su bien, que los pueblos tienen por lo general los gobiernos que merecen, y que apenas hay crucifixion de la justicia, ante la cual no se deba repetir con Lista:

«Gemid, humanos;  
Todos en él pusimos nuestras manos,»

lo cierto es que la restauracion, tal como se llevó á cabo, ha introducido una gran confusion perturbadora entre los elementos políticos de España.

La revolucion de setiembre habia sido causa ocasional del bien contrario. Ante el sacudimiento que comunicó á la nacion, sus hijos se dividieron en dos bandos, partidarios y enemigos de la revolucion de setiembre; y si bien es verdad que cuestiones personales y dinásticas en un lado, y cuestiones personales y de forma de gobierno en el otro, habian subdividido á sus huestes, no lo es ménos que la España de la revolucion y la España católica y monárquica se deslindaban netamente, merced á una gran línea ecuatorial, que en vano trataban de borrar con sus contradanzas y evoluciones las tribus fronterizas.

Cayó la revolucion á manos de la fuerza, cuando la personificaban sus elementos más dictatoriales y autoritarios, tocando el derribarla, no á los que protestaron contra ella con un alzamiento popular en los campos, sino á los que esperaban para protestar ocasion oportuna para verificarlo, moviendo con la pública opinion las fuerzas del ejército.

Restaurado, sin compromisos con la revolucion, el trono derrocado el año 68, fácil hubiera sido, con solo dejarse llevar de las corrientes de la opinion y de la lógica de los hechos, desvanecer con transaccio-



nes, ayudadas por la fuerza misma de la razon y por la poderosa accion del tiempo, las divisiones personales y secundarias que reinaban en el campo de la contra-revolucion.

Peró el hombre que personificó este movimiento, desde el dia siguiente de su triunfo, dando por excusa la actitud irreconciliable y belicosa de esos elementos, puso todas sus fuerzas, y lo que es más triste, las fuerzas propias de la restauracion, al servicio de la obra anti-patriótica y criminal de desvanecer la línea; es decir, de terraplenar el abismo que la separaba de los elementos revolucionarios.

Arrojóse á esta sima, y para este fin, la unidad católica, tradicional en España, el prestigio de la restauracion, y su fuerza tan necesaria para la reorganizacion nacional, dando así vida á los desacreditados elementos de la revolucion, y pretexto y motivo á los elementos de la reaccion para mantenerse en oposicion abierta.

Si fué esta la obra del sectario, ó más bien maniobra de político florentino para equilibrar las fuerzas de tal suerte, que permaneciese él árbitro de ellas con solo inclinar su peso á uno ú otro lado, nuestros lectores lo juzgarán en el trascurso de estas crónicas.

A nosotros solo nos toca consignar la gran perturbacion que en todos los campos produjo este movimiento; perturbacion llevada á su colmo con la rápida terminacion de la guerra, que se extinguió más pronto y con ménos ventajas para las causas que la motivaron, cuando se la atacó con la fuerza y la corrupcion, que cuando se la brindaba la paz con el convenio.

Tradicionalistas que, saltando por encima de los partidos afines, iban á engrosar las filas de las oposiciones liberales, mientras sus compañeros se guarecian en la oscuridad de la vida privada de los disgustos de la pública, dejando á los demás presa del más terrible pesimismo; moderados que, vacilando entre su adhesion al trono restaurado y su enemiga á los procedimientos y personas que dirigian la restauracion, se refugiaron en el olvido del retraimiento, dejando á sus parciales precipitarse desatentados en los abismos de la abdicacion ó del despecho; leales de la víspera, considerados como traidores del dia siguiente; revolucionarios empedernidos, valiéndose de la mano que los venció para tomar la revancha de su derrota, oprimiendo á los vencedores. El Vaticano, considerando roto el Concordato con el abandono de la unidad católica, y reanudando apresurado sus relaciones con el gobierno del hijo espiritual de Pio IX; periódicos católicos y partidarios de la legalidad, perseguidos como facciosos, y diarios facciosos ante la legalidad, visiblemente suscitados y protegidos por el gobierno; Martinez Campos, autor del acto de Sagunto, unido con Sagasta, que no lo fusiló porque no pudo; Cánovas, combatido por la revolucion, que no quiso enterrar ó dejar enterrada en su sepultura, y apoyado por los elementos conservadores, á quienes hirió de muerte el primer dia; la política de resistencia, proclamada como consecuencia lógica de la



política de atracción; los constitucionales, llamados á la vida por Cánovas, pidiendo como su primera necesidad la muerte de su segundo padre; radicales autoritarios del 3 de enero, haciendo causa comun con republicanos federales del 23 de abril; derechas formadas por elementos ultra-conservadores y ultra-liberales; izquierdas forjadas por la diestra paternal del gobierno, que amorosamente las amamantó en su infancia; centros formados por la divergencia de todos los radios; fusiones de metales de toda ley; y en medio de este caos, la sonrisa burlona del encantador maligno, convertida á las veces en la mueca de espanto que le produce su misma obra: hé aquí el cuadro de esa perturbacion, tal como ante nuestros ojos aparece.

Ignoramos si el látigo de la revolucion, resonando como la vara del arriero sobre los revueltos pies de los caminantes de la fábula, hará que, recogiendo cada cual sus miembros, cese la confusion y se restablezca el orden; pero preferiríamos con todo nuestro corazon que la voz del deber, resonando, aunque solo fuese por el toque de la campana que convoca á los fieles á la casa del Señor, agrupase en torno de la Cruz á todos los que, dispersos, vagan arrastrados por tan contrapuestas corrientes por el mar de confusiones que nos anega.

La revolucion, sobre ser diluvio de aguas cenagosas que manchan más que lavan, suele mas bien ser efecto de la cólera del Señor, que no fruto de su misericordia; y amaestrada como está por los largos años de su última dominacion, es seguro que, en vez del látigo que obligue á separar los enredados pies á los dormidos caminantes, esgrimira el alfange dictatorial que los cercene, dejando cojo de ambas piernas á todo el que pretenda marchar por los senderos del deber.

Justo es, pues, que lo que se habia de intentar en peores condiciones, se intente en las mejores, y moviéndose dentro de la ley, se organicen y preparen para la lucha y la victoria los que habian de ser las primeras víctimas de la derrota.

La Religion, informando la ciencia del derecho público, marcó por la diestra de sus más insignes doctores los principios y reglas en la materia, harto olvidados hoy por todos nosotros, por desgracia. El sentido comun, el simple buen sentido nos enseña á todos el único camino de lo posible. Locura sería, pues, no emprenderlo.

Preséntanse épocas en la historia, en que todo está indicando una solucion, un procedimiento, una conducta; unas veces es la lucha legal, otras podrá ser la fuerza. En este último caso, las razones son tales, que ni siquiera se discuten, ellas mismas se imponen; y entonces se entregan á la suerte varia de las armas los destinos de una civilizacion.

Otras veces los escarmientos recibidos, la imposibilidad más que la inconsecuencia de renovar lo que se acaba de extinguir, lo ineficaz del remedio, hasta lo ilusorio de sus efectos, dada su realizacion, obliga al ánimo más preocupado á conocer que no es aquel el camino de sus honrados ideales; y entonces, ó es fuerza entregarse á la deses-



peracion, hija de la fatalidad y madre de la desgracia, ó resignándose á la voluntad de Dios, se emprende con ánimo sereno y con paso y ademán resuelto por los nuevos derroteros que se abren al logro de sus deseos y esperanzas.

Un acto consolador y fecundo que acaba de tener lugar parece prometernos la adopcion de este segundo método por todo cuanto encierra de importante el campo de la contra-revolucion y del catolicismo. A despecho de los que coadyuvan al mal con la abstencion del bien para explotarlo, las eminencias católicas de nuestra patria en las ciencias, las letras, las clases altas y la política se han unido para felicitar unánimes al Ilustre Obispo de Angers, que descendiendo al pannelque que le ofrece la legalidad republicana, ha enarbolado sobre todos los partidos la Cruz como la bandera de la *Union católica* que tan ardentemente proclamamos.

Este paso si va seguido de los demas, abre una nueva era en la historia, y prepara un brillante porvenir á la causa de la religion en España.

Mientras esto se piensa y se decide, la revolucion, más avisada y más práctica, se conmueve y se agita, á pesar de las múltiples y honradas divisiones que la destrozan; y una juventud racionalista que no tiene más lazo que la comun negacion social, se agrupa y se presenta como la falange del porvenir en una larga serie de banquetes, cuyo significado determinan por medio de felicitaciones á Gambetta, en el momento mismo en que da muestras de lo que son para él todos los derechos y todas las libertades, violando domicilios y atropellando ciudadanos, disolviendo asociaciones y profanando templos, al mismo tiempo que abre las puertas de la Francia á los incendiarios y asesinos que la pusieron al borde de su perdicion, y que vuelven ansiosos de renovar y completar su obra.

Los hombres que pertenecieron al antiguo partido radical, y los que forman parte de las diversas fracciones federales, buscan fórmulas que, si no los unen, encubren por lo menos sus grandes diferencias, y se aprestan unidos á destruir, reservándose para la hora de la edificacion, el derecho de dividirse y anatematizarse.

Los posibilistas, con Castelar á la cabeza, trabajan por seducir con el orden republicano á las clases conservadoras de la sociedad, como antes deslumbraron á las populares con la libertad federal, confiados en que el escarmiento de las unas ha de ser seccion perdida para la ceguera de las otras.

En el campo de la fusion hierven aparte los metales, sin encontrar el fundente que los una; por eso sin duda, no considerándose fusionados, se obstinan en seguir llamándose *fusionistas*. El elemento conservador hace alarde de los esfuerzos que le cuesta contener el desprendimiento de la masa por la pendiente de la revolucion, y el elemento revolucionario parece como que dice á su prudente compañero: «sujé-



tame, que me pierdo;» ambos representan en suma el papel de los dos alojados con la patrona.

El gobierno se rie al parecer de estas amenazas, como quien está en el secreto de ellas, y no cree que las letras que gira para dividir y contener á los partidos sean pagaderas á la vista. Por eso, sin protestarlas, alarga indefinidamente el plazo, como si estuviera seguro de que ciertos abismos están por ahora tan cerrados á los constitucionales como á los conservadores.

La mayoría parece á primera vista agitada por submarinas corrientes. Pero es de esperar que los vientos y las aguas se tranquilicen al primer *quos ego* de Neptuno.

Los moderados históricos, á pesar de valiosos desprendimientos, siguen unidos á Moyano, que, inquebrantable en sus propósitos, marca con su actitud firme y serena el nivel de los antiguos, y el descenso de los modernos caracteres. ¡Semejante á una de esas columnas que quedan de pié entre las ruinas, y sirven al arqueólogo para admirar la antigua grandeza del edificio: como una de esas alturas que se respetan en los desmontes para indicar la profundidad del rebajamiento del terreno!

Los diputados ultramontanos, aferrados á los grandes principios del derecho público católico, tal como lo esplanaron las escuelas desde Santo Tomás á Taparelli, fija la vista en la direccion práctica de la política de Leon XIII, huyendo lo mismo de los idealismos fantásticos que de los empirismos groseros; teniendo en cuenta la hipótesis para aplicarla la tesis, al lado de la realidad, pero sin mancharse con ella, defienden los aciertos del gobierno; combaten sus errores; y le prestan desinteresado concurso cuando se trata de su existencia en frente de las oposiciones liberales que amenazan á la Iglesia con la persecucion, mientras no aparezcan partidos mas conservadores con las fuerzas serias necesarias para reemplazarle con eficacia en el poder; y si sacrifican muchas veces las exhibiciones del amor propio, al logro de ventajas prácticas para la religion y para la Iglesia, no vacilan ante ninguna consideracion política, ni ante ningun respeto humano, cuando llega el momento y la ocasion de proclamar en toda su natural crudeza los fueros imprescriptibles de la verdad.

Si escaso como es su número pueden gloriarse de haber impedido ó atenuado muchos males y de haber alcanzado muchos bienes, ¿cuál no sería su poder si, dejándose atrás diferencias miserables, les acorriesen uniéndose á su lado para el bien todos los elementos que puede poner en pié por sí el espíritu católico de España?

En resumen, continúa imperando la política maquiavélica de Cánovas, cuyo secreto consiste en la division de todo partido y en la anulacion de toda fuerza que no sea la suya propia personal, forzando así á la nacion y al trono á ver en él el único bastante poderoso á regir los destinos de la patria. El retraimiento pesimista de los elemen-



tos tradicionalistas, procurado por él, y la division de los elementos moderados, le ha asegurado el éxito por la derecha. Por la izquierda se lo dieron los centralistas, separándose de los constitucionales en los momentos de la restauracion. En su partido lo halla, conservando á un nivel comun todas las cabezas, para que solo descuelle la suya con toda la altura de su valer, de su prestigio y de su autoridad.

Y sin que esto amengüe su culpa, justo es reconocer que voluntariamente han coadyuvado á su obra los que mantienen alejados del campo de la union á los elementos más vitales de la política, y los que se entregaron en su poder por medio de humillantes abdicaciones, y en suma, los que predicán las intransigencias más incomprensibles, y los que practican los contratos personales más ventajosos; procedimientos no tan contrarios en la realidad que no puedan combinarse hábilmente en determinados caracteres.

La nacion, que, sin mas guía que la lógica del sentido comun, hubiera encontrado tan estraña la subida al poder de Sagasta en los primeros años de la restauracion, como el entronizamiento de Gonzalez Brabo durante el tiempo de la revolucion de setiembre, acostumbrada á mirar como el heredero instituido por el gobierno al partido constitucional, tanto por los paternales desvelos de la restauracion para rehabilitarlo y engrandecerlo, como por el comun desheredamiento de los demás, empieza á darle la razon al ver que, cuanto mas humilde y complaciente se muestra por alcanzar la herencia, más y mayores obstáculos opone el poseedor para cumplir el testamento, y no sería muy extraño que el inmediato sucesor, alentado con semejante concurso, tratase de poner término á tanta prueba, apoderándose como mejor pudiese de los caudales. Ello es que en periódicos y banquetes va mostrando lo ficticio y fugaz de sus anteriores sumisiones.

Próximos ya los debates parlamentarios, en ellos se acentuarán las respectivas tendencias consignadas, y la cuestion de hacienda con su pavoroso porvenir; las irregularidades administrativas; el restablecimiento de las órdenes religiosas; el prestigio de nuestro nombre en Europa; nuestra influencia en las costas africanas, y la política y administracion ultramarinas, serán la arena en que se disputarán el poder ambos partidos, árbitros por el abandono y complicidad de los demás de los preciosos destinos de la patria.

### III.

Por negros que aparezcan los colores del cuadro de la política nacional en nuestros días, justo es confesar que casi parecen alegres al lado de los que ofrecen algunas naciones extranjeras. Francia sobre todo; la patria de Carlo-Magno y de San Luis; como si las lecciones de la revolucion francesa primero, y de la invasion y de la Commune



últimamente, no tuvieran toda la elocuencia posible, añade hoy los horrores de una persecucion religiosa al triste catálogo de los males que la guerra extranjera y civil le ocasionaron.

Entregada por la ambicion y travesura de Mr. Tiers de manos de la asamblea nacional en manos de Gambetta, ve hoy desarrollarse sobre su suelo todas las vergüenzas y amarguras que promete el programa radical á los pueblos bastante desdichados para no unirse ante la obra comun de rechazarlo.

Desde que el oscuro dictador de la Francia republicana, que mientras empujaba los ejércitos nacionales á la derrota y las turbas socialistas á la rebelion, hacia ostentacion de su serenidad paseando su opulencia en las playas cantábricas, obligó al mariscal Mac-Mahon á retirarse, intimándole los dos fatales términos de su dilema, comprendió que era necesario dar alimento á las feroces pasiones de la revolucion, mientras él gozaba de las delicias sibaríticas del poder, y fijando su vista sobre la Iglesia nacional, que despues de tantas y tan señaladas muestras de heroismo como acababa de dar en los campos de batalla, se dedicaba á cicatrizar las heridas de la nacion, pronunció aquella palabra de ódio, que fué una consigna para la revolucion, y un manantial de males para la patria.

«*El clericalismo: hé ahí el enemigo.*» Tal fué esa palabra, prólogo de la mas abyecta persecucion que registran los anales de la Iglesia. El concordato violado por la república; el presupuesto eclesiástico amenazado; la religion desterrada de la vida oficial; los limosneros suprimidos en el ejército; los sacerdotes retirados del servicio de las prisiones; las religiosas de los hospitales; todo el que oia Misa apartado de su destino y sus funciones, y dentro de este órden todo cuanto podia lastimar el sentimiento religioso del pueblo francés, y dar alas á la impiedad revolucionaria, fué propuesto con júbilo, acogido con fuicion, y llevado á cabo con regocijo por los miembros de la internacional y de la commune sobre las humeantes ruinas de Francia, bajo la direccion suprema de Gambetta.

Pero donde se concentraron con tan odiosa saña como insaciable tenacidad los esfuerzos de los partidarios de la república posibilista, fué en la cuestion de enseñanza. Sabedores de la profunda verdad de aquel dicho de Leibniz: «dadme la educacion, y en un siglo os transformaré el mundo;» conocedores de su impotencia para luchar en el terreno de la concurrencia legal con los modestos sabios que se sacrifican con abnegacion tan heróica á la oscura labor de la instruccion de la juventud literaria, despues de proclamar con asqueroso cinismo su derrota, se dispusieron á tomar por sus mismas manos la victoria, renegando del objeto predilecto en sus vociferaciones y libelos: la libertad de enseñanza.

Y no contentos con medidas parciales que atentaban á la independencia y dignidad de los jurados y á la integridad del consejo de ins-



trucci6n p6blica, formularon sus planes de ense~anza obligatoria y laica, y propusieron el art6culo 7.º que retiraba la facultad de ense~nar 6 los miembros de las asociaciones religiosas.

Derrotado en el senado este art6culo, los escrupulosos parlamentarios que lo presentaron continuaron impert6rritos en sus puestos; y aunque al presentar el famoso art6culo 7.º habian negado su existencia, reconocieron respetuosos el vigor de leyes trasnochadas y muertas, hijas de las 6pocas arbitrarias del terror y de los por ellos tan maldecidos dias del antiguo r6gimen, en virtud de las cuales, atropellando la libertad de conciencia y la de cultos, la libertad profesional, el derecho de asociaci6n, y la inviolabilidad del domicilio, expulsaron de la escuela, del templo y del hogar 6 las asociaciones religiosas, honra de la Iglesia y de la civilizaci6n cristiana.

En vano la opini6n p6blica europea lanz6 un grito de indignaci6n; en vano protestaron los Prelados; en vano se escandaliz6 el esp6ritu verdaderamente liberal de los protestantes 6 indiferentes; en vano di6 un6nime su opini6n contraria todo el foro franc6s; en vano rasgaron sus togas los representantes de la ley; todo en vano: la ganz6a republicana false6 6 deshora la cerradura del hogar dom6stico; el hacha cay6 sobre las puertas de los templos de la ciencia y de la religi6n; los generales que se rindieron ante el arrojo y la pericia de las tropas del pr6ncipe Federico Carlos, hicieron ahora alardes de su valor poniendo sitio 6 la paz silenciosa de los monasterios; se estudia una nueva contribuci6n para arruinar los bienes de los conventos; se suspende la inmovilidad judicial para crear una magistratura indulgente en la apreciaci6n de la legalidad de los decretos, y el gobierno preside, y vota y decide con su voto el fallo del tribunal de conflictos entre la administraci6n y la justicia; y como nada de esto baste para satisfacer el 6nsia de *carne clerical* que aqueja 6 los asesinos de los rehenes que vuelven en triunfo de Noumea, se formula la ley de 1.ª ense~anza laical y obligatoria, en virtud de la cual el hijo se ver6 arrancado de los brazos de su padre para arrojarlo en brazos del profesor ateo; la hija sustraída 6 la santa influencia de la educaci6n maternal, para recibir el soplo impuro de una educaci6n materialista de los labios sensuales de algun partidario del amor libre; y para colmo de impiedad, los agentes mismos del gobierno derriban y destrozan, 6 los ojos de la inocente juventud, las im6genes de Cristo crucificado y de la Virgen sin manciella, que como ejemplo y como amparo presidian las aulas de las escuelas.

Y mientras los sectarios disponen as6 de la conciencia, de la libertad y del honor de las familias, y rompen la carrera de los magistrados que no se prostituyen 6 la injusticia, y purgan el ej6rcito de los soldados que combatieron con Mac-Mahon para sublimar 6 los que huyeron con Garibaldi, y comprometen el honor, y acaso la independencia, de la Francia en el conflicto turco-griego, y los disc6pulos de



Blanqui y los apasionados de Luisa Michel preparan la fiesta conmemorativa de la 1.<sup>a</sup> Commune, que ha de servir de prólogo á la 2.<sup>a</sup>, los conservadores divididos en fracciones y banderías discuten sobre el alcance de los emblemas, sobre el órden de suceder en el imperio, sobre el modo de consolidar la república; y Francia, la nacion más civilizada de Europa, gime por la falta de union entre sus hijos, bajo la odiosa dictadura de un déspota como Gambetta, esperando la horrible tiranía de un demagogo como Rochefort.

En Inglaterra, múltiples cuestiones solicitan la atencion del gobierno; y mientras las insurrecciones de los boeers en el Africa del Sur, y de los fenianos en Irlanda, apartan sus miradas de la cuestion de Oriente, el radicalismo continental mina incesante los cimientos de la constitucion inglesa que, formada al amparo de la religion católica, tantos días de gloria y de libertad dió á la patria.

En Alemania, Bismarck, pesaroso del *Kulturkampf*, y temeroso de Canosa, avergonzado de los católicos viejos, y asustado de los socialistas, sigue una política vacilante: pero á pesar de las sentidas quejas del centro, las medidas tomadas en favor del clero y de los profesores ultramontanos y en contra de los viejos católicos, prueban que el Canciller aleman va conociendo lo errado de su política de persecucion, si bien el amor propio le impide deshacer de un golpe todo lo hecho. La agitacion antisemítica, por otra parte, á la vez que nos da la clave de estos fenómenos en otros tiempos, viene á traer nuevas razones en favor de la necesidad de la paz religiosa en Alemania.

Italia camina cada vez mas derecha á la revolucion republicana, y si pierde su unidad monárquica, no será extraño que pierda su unidad nacional á manos del federalismo cantonal italiano.

Bélgica, entregada á los solidarios y masones, interrumpe sus relaciones con la Santa Sede, y Rusia toca hoy, en su revolucion nihilista, las consecuencias de la destruccion de la religion católica en las conciencias. Turquía y Grecia se aprestan á venir al terreno de la fuerza, y quizá la primera chispa que despidan sus armas sea la causa del incendio con que la paz armada y la cuestion eterna del Oriente amenazan de nuevo á Europa.

¿Adónde conducirá Dios ahora á esta humanidad que tanto se agita? ¿Descansará en algun oasis escondido entre los horrores del desierto, ó se perderá cada vez más lejos en los últimos confines de la barbarie?

Este es el secreto de Dios y de la filosofía de la historia.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.



## MISCELANEA.

Documento notabilísimo, por lo que dice, y más aún por lo que significa, bien merece ser estampado en la REVISTA DE MADRID, el Mensaje de felicitación que varios católicos han dirigido á Monseñor Freppel, valeroso defensor de la santa causa en el seno de la Cámara francesa. Gentes á quienes los dedos se les antojan huéspedes, han querido ver en ese acto *algo* que no debemos calificar; cúmplenos, sin embargo, advertir, que le hemos prestado nuestro humilde concurso, porque viene á proclamar una vez más la buena y tradicional política española.

Dice así el documento:

«Monseñor:

»Recibid con las felicitaciones que de todos los ámbitos de la cristiana Francia consuelan y confortan el paternal corazón del Prelado, prestando alientos nuevos á la varonil entereza del político, la muy cariñosa que os dirigen, juntamente con el testimonio de su más profundo respeto y de su más cordial simpatía, católicos españoles que un solo sentimiento liga y concierta en estos supremos instantes.

»Sea este saludo afectuosísimo, salvando la frontera en alas del espíritu de confraternidad cristiana, prenda de unión entre dos pueblos, que la Religión y la raza hicieron hermanos, y que en vano intenta convertir en enemigos el espíritu revolucionario.

La católica España, que hoy vive en momentáneo reposo, entre una revolución que aún combate con éxito por defender sus posiciones, y otra revolución que amenaza con más pavorosos peligros para el catolicismo y para la patria, que los que envolvieron en la pasada tan sagrados y queridos objetos, tienen mucho que llorar, pero á la vez mucho que aprender en las desgracias de sus hermanos de Francia y en la cristiana energía con que los arrostran, consagrando todos sus alientos, su actividad toda, y hasta su reposo, su libertad y su sangre á conjurarlas.

»Bien suena, en esta tierra clásica del catolicismo, que ha visto á sus Prelados sufrir las persecuciones y la muerte, para acudir á los primeros Concilios á combatir por la Fe y la Doctrina; ó alentar luego en las batallas la fe religiosa y el ardor patriótico de sus guerreros, ó salvar más tarde la nave del Estado, encomendada á sus robustas y leales manos por la confianza de los reyes ó por la concertada y universal voluntad de los pueblos; bien suena, Monseñor, vuestro nombre, y el de vuestros venerables hermanos los Prelados franceses, perseguidores en todos los terrenos de la impiedad, debeladores de la hipócrita intriga, fuertes y serenos en la lucha, amparadores del débil contra el poderoso, y llevando cristianamente envuelta en universal espíritu de caridad su acción vivificadora de padres y maestros á todas las esferas de la actividad humana, llorando con los afligidos los males presentes, pero enseñando también á los que no desmayan, los anchos horizontes en que es lícito ver alboreando la esperanza de futuras regeneraciones.



»Así Dios lo quiera en Francia, bendiciendo los generosos esfuerzos de tan bizarros adalides como lo sois vos y vuestros hermanos, y el clero, la nobleza y el pueblo cristiano francés, que, en haz apretado, y deponiendo ante el comun peligro pasajeras y accidentales diferencias, afirman, acaso por primera vez en este siglo, lo que puede la accion católica frente á frente de la accion revolucionaria, cuando á empresas tan universalmente salvadoras se encamina, y lábios tan autorizados y manos tan poderosas la alientan y dirigen.

»Monseñor: Largos años de luto y tristeza moral, encubiertos á desiguales intervalos por periodos de esplendor, más abrillantado que sólido y permanente, han desvanecido y prostrado las fuerzas vivas de vuestra hermosa patria, en otros tiempos centinela avanzado de la civilizacion cristiana, convirtiéndola en vehículo de perniciosas doctrinas ó peligrosos ejemplos.

»La union de los católicos, que son la mayoría moral, inteligente y civilizada de tan generoso y desgraciado pueblo, puede obrar maravillas, no tan sólo en su generacion social y política, base necesaria para la paz de Europa, sino tambien por la magnitud y solemnidad del ejemplo para la generacion de otros pueblos y de otras razas, en los que la naturaleza y gravedad de sus infortunios no han demostrado aún bastante este sencillo principio, que sólo se ganan batallas eficaces y decisivas cuando se lucha bajo la bandera de la cruz.

»Vuestra elocuente voz expresando este pensamiento, cuando señalaba á los católicos franceses *el verdadero terreno de la defensa, aquel en el que, á pesar de las tristes divisiones políticas, podian los hombres de buena voluntad entenderse y darse la mano*, y que vos considerábais como *la consigna para congregar á los dispersos*.

»En todos los pueblos ruge ó amenaza la tormenta, ó con rayos homicidas ó con pavorosos anuncios: todo se discute, todo vacila, todo tiembla. La cuestion política se amengua y confunde en la cuestion social; una y otra se ventilan en la cuestion filosófica, y á todas abraza y comprende la cuestion religiosa. Por todas partes, al Norte como al Mediodía, en el nuevo continente, antes de tiempo envejecido, como en el viejo, solar nobilísimo de toda contienda moral y metafísica, se reduce esta providencial subrogacion de ideas y doctrinas á los dos principios que se han dividido el mundo desde su creacion.

«La afirmacion ó la negacion de Dios.»

»El triunfo, pues, para los que creen como nosotros en la palabra divina, estriba en esa forma de plantear la lucha. Dios no desampara al que invoca su Santo Nombre. Que El nos proteja á todos, y empezando por los que más necesitan de su misericordia y de su omnipotencia infinitas, bendiga y corone vuestros generosos sacrificios.

»Monseñor: en estos sagrados dias, aniversario del más dulce y cariñoso vínculo de Dios con su humilde é ingrata criatura, descansad en esa hermosa tierra del Anjou, que gobernais con amor de padre, de las amarguras sufridas, de la contienda que aún vocea, de la persecucion que aún amenaza; y cobrando en la meditacion y el reposo nuevos bríos para nuevas campañas, admitid á estos católicos españoles á la parte que como hermanos toman en vuestras aflicciones y trabajos, que Dios ha de convertir en triunfos y alegrías.

»Admitirnos tambien al honor de besar vuestro anillo pastoral, y de ofrecer el testimonio del más cariñoso respeto y de la más cordial simpatía.

»Madrid 1.º de enero de 1881.

»El Conde de Orgáz.—El Marqués de Villadarias.—El Conde de Guaqui.—El Conde de Canga-Argüelles.—Juan Manuel Ortí y Lara.—Ramon Capdevila y Marin.—Leon Galindo de Vera.—El Mar-



qués de Mirabel, presidente de la Asociación de Católicos de España.—Vicente de la Fuente, presidente de la Asociación de Católicos de Madrid.—Juan Bautista Lázaro, presidente de la Juventud Católica de Madrid.—Leon Carbonero y Sol.—El Marqués de Pidal.—Alejandro Pidal y Mon.—José Cavanilles.—Valentin Gomez.—Marqués de Camarasa.—Juan Creus.—Carlos María Perier.—José Fontagud Gargollo.—Duque de Almenara.—Enrique Perez Hernandez.—Aureliano Fernandez Guerra.—José Selgas.—Marcelino Menendez Pelayo.—Conde de Llobregat.—Mariano Catalina.—El Marqués de Monistrol.—Marqués de Vadillo.—Leandro Herrero.—Federico Salido.—Marqués de Casa-Irujo.—José Alerany.—Conde de Doña Marina.—Marqués de Heredia.—Conde de Cerrajería.—Marqués de Viluma.—José María Carulla.—Manuel Perez Villamil.—Juan Catalina García.—Santiago de Liniers.—Francisco Sanchez de Castro.—José España.—Nicasio Zabalza.—Damian Isern.—Francisco Poveda y Verdú.—Juan Antonio Almela.—Manuel Carbonero y Sol.—Fernando Brieva y Salvatierra.—Carlos María Algar.—Marqués de Aguilar.—Marqués de Paredes.—Joaquin Sanchez de Toca.—El conde de Cheles.—Antonio María Casares.—Francisco de P. Quereda.—Vicente Ortí y Brull.—Antonio María Godró.—Mariano Barsi y Contardi.—Miguel Amat.—Miguel García Romero.—José Gonzalez Baydes.—José María Bris y Sanchez.—José María Ortega y Morejon.—F. María de Lezcano.—Anselmo Marcos.—Eduardo Aldeanueva.—Feliciano de Liniers.—Leoncio Gonzalez Granda.—Félix Creus.—Luis Bahía.—Manuel Sanchez de Castro.—Telesforo Rodriguez Sedano.—Vicente Olivares y Biec.—Juan Hinojosa.—Eduardo Hinojosa.—Vicente Ortí y Escolano.—José Lucas de Abella.—Fernando Diaz de Mendoza.—I. M. Pintado.—Casimiro Flores.—Agustin Sanz.—Felipe de Urquijo.—Gonzalo de la Torre de Trasierra.—Santiago del Corral.—Pedro Izquierdo.—Tomás Vivas.—David Trives.—José Ramon.—José del Portillo y Ruvalcaba.—Juan de la Cruz Izquierdo.—T. Vidal y Villalonga.—Enrique Lopez Benito.—Eugenio Fernandez Hidalgo.—El Marqués de Valle-Ameno.»

## BLANQUERNA.

Inauguramos la sección de nuestra REVISTA, destinada á reimpression de libros, con una de las obras más importantes de la Edad Media, preciosa por el autor, por el asunto y por la forma. El autor es aquel iluminado doctor y mártir de Cristo, Ramon Lull, inteligencia la más vasta, sintética y comprensiva de su país y de su raza, parte de un sistema filosófico de larga y gloriosa historia en el mundo. El asunto es su propia filosofía y sus teorías políticas y morales, expuestas en forma de novela utópica, cuyo título es *Blanquerna*. El mérito absoluto de tal obra es grande; del relativo, baste decir que D. Juan Manuel parece haberla tenido muy á la vista para su *Libro de los estados*.

Terminada que sea la obra, publicaremos un largo estudio sobre ella. Ahora baste decir que la traducción castellana que nos sirve de texto (y que es anónima), se imprimió en Mallorca el año 1749.



## DISCURSO PRELIMINAR

AL TOMO III DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES.

---

Uno de los caracteres que mas poderosamente llaman la atencion en la heterodoxia española de todos tiempos, es su falta de originalidad; y esta pobreza de espíritu propio sube de punto en nuestros contemporáneos y en sus inmediatos predecesores. Si alguna novedad, aunque relativa, y solo por lo que hace á la forma del sistema, lograron Servet y Miguel de Molinos; lo que es de nuestros disidentes del pasado y presente siglo, bien puede afirmarse, sin pecar de injusticia ó preocupacion, que se han reducido al modestísimo papel de traductores y expositores, en general malos y atrasados, de lo que fuera de aquí estaba en boga. Siendo, pues, la heterodoxia española una ruín y tristísima escuela de doctrinas é impulsos extraños, necesario es dar idea de los orígenes de la impiedad móderua, de la misma suerte que expusimos los antecedentes de la Reforma, antes de hablar de los protestantes españoles del siglo XVI. La negacion de la divinidad de Cristo es la grande y capital herejía de los tiempos modernos; aplicacion lógica del libre examen, proclamado por algunos de los corifeos de la Reforma, aunque ninguno de ellos calculó su alcance ni sus consecuencias, ni se arrojó á negar la autoridad de la revelacion. Las herejías parciales, aisladas, sobre tal ó cual punto del dogma, las sutilezas dialécticas, las controversias de escuela, no son fruto de nuestra era. El que en los primeros si-

glos cristianos se apartaba de la doctrina de la Iglesia en la materia de *Trinidad*, ó en la de *Encarnacion*, ó en la de *justificacion*, no por eso contradecía en los demás puntos el sentir ortodoxo, ni mucho menos negaba el carácter divino de la misma Iglesia y de su Fundador. Por el contrario, la herejía moderna es radical y absoluta: herejía solo en cuanto nace dentro de la cristiandad; apostasía, en cuanto sus sectarios reniegan de todos los dogmas cristianos, cuando no de los principios de la religion natural y de las verdades que por sí puede alcanzar el humano entendimiento. Esta es la impiedad moderna en sus diversos matices de ateismo, deísmo, naturalismo, idealismo, etc.

La filiacion de estas sectas se remonta mucho mas allá del Cristianismo, y al lado del Cristianismo han vivido siempre mas ó menos oscurecidas, y saliendo rara vez á la superficie, antes del siglo XVII. Todos los yerros de la filosofía gentil, todas las aberraciones y delirios de la mente humana, entregada á sus propias fuerzas, entibiadas y enflaquecidas por la pasion y la concupiscencia, tuvieron algunos, si bien rarísimos sectarios, aun en los siglos mas oscuros de la Edad Media. ¿Qué son sino indicios y como primeros vislumbres del positivismo ó empirismo moderno las teorías de Roscelino y de otros nominalistas de la Edad Media, menos audaces que su maestro? ¿No apunta el racionalismo teológico en Abelardo? Y esto, antes de la introduccion de los textos orientales, y antes del influjo de árabes y judíos, inspiradores del panteísmo de Amauri de Chartres y David de Dinant, los cuales redujeron la alta doctrina emanatista de la *Fuente de la vida* de Avicbron á fórmulas ontológicas brutales y precisas, sacando de ellas hasta consecuencias sociales, y dando á su filosofía carácter popular, por donde vino á ser eficacísimo auxiliar de la rebelion albigense. Pero entre todos los pensadores de raza semítica, importados á las escuelas cristianas, ninguno influyó tanto ni tan desastrosamente como Averroes, no solo por sus doctrinas propias del intelecto uno ó de la razon impersonal,



y de la eternidad del mundo, sino por el apoyo que vino á prestar su nombre á la impiedad grosera y materialista de la corte de Federico II y de los últimos Hohenstaufen. La fórmula de esta escuela, primer vagido de la impiedad moderna, es el título de aquel fabuloso libro *De tribus impostoribus*, ó el cuento de los tres anillos de Bocaccio. Esta impiedad averroista, que en España solo tuvo un adepto y muy oscuro, y que de la Universidad de París fué desarraigada, juntamente con el averroismo metafísico y serio, por los gloriosos esfuerzos de Santo Tomás y de toda la escuela Dominicana, floreció libre y lozano en Italia, corroyendo las entrañas de aquella sociedad, mucho mas que el tan decantado paganismo del Renacimiento. El Petrarca, patriarca de los humanistas, detestó y maldijo la barbarie de Averroes: complaciéronse los artistas cristianos en pintarle oprimido y pisoteado por el Ángel de las escuelas; pero así y todo, el *comentador* imperó triunfante, no en las aulas de Florencia, iluminadas por la luz platónica que volvian á encender Marsilio Ficino y los comensales del Magnífico Lorenzo, sino en Bolonia y en Padua, foco de los estudios jurídicos, y en la mercantil y algo positivista Venecia.

Al mismo tiempo que con la Reforma, tuvo que lidiar la Iglesia en el siglo XVI contra los esfuerzos todavía desligados é impotentes de estas más radicales heterodoxias, que, por serlo tanto, no lograban prestigio en el ánimo de las muchedumbres, y eran alimento de muy pocos y solitarios pensadores, odiados igualmente por católicos y protestantes. Fuera del averroismo que en las universidades ya citadas tuvo cátedras hasta mediados del siglo XVII, y en Venecia impresores á su devoción, á pesar de lo largo y farragoso de aquellos comentarios y del menosprecio creciente en que iban cayendo el estilo y las formas de la *Edad Media*: lo que es en cuanto á las demás impiedades, no se descubre rastro de escuela ni de tradición alguna. Negó Pomponazzi la inmortalidad del alma, porque no la encontraba en Aristóteles, según su modo de entenderle, ni menos en su comentador Alejan-

dro de Afrodísia; condenó sus ideas el Concilio Lateranense de 1512; impugnáronlas Agustín Nifo y otros muchos, y realmente tuvieron poco séquito, cayendo muy luego en olvido hasta tal punto, que sólo muy tímidas y embozadas proposiciones materialistas, y estas en autores oscurísimos, pueden sacarse de la literatura italiana de los siglos XVI y XVII. Más dañosa fué la inmoralidad política de Maquiavelo, basada toda en el interés personal, y en aquella inícuca razón de Estado, sin Dios ni ley, que tantos desafueros y perfidias ha cubierto en el mundo. Los libros del secretario Florentino fueron el catecismo de los políticos de aquella edad, y aunque sea cierto que Maquiavelo no ataca de frente y á cara descubierta el cristianismo, no lo es menos que en el fondo era, más que pagano, impío, no solo por aquella falsa idea suya de que la fe habia enflaquecido y enervado el valor de los antiguos romanos, y dado al traste con su imperio y con la grandeza italiana, sino por su abierta incredulidad en cuanto al derecho natural y al fundamento metafísico de la justicia, por donde venia á ser partidario de aquellas doctrinas que hicieron arrojar de Roma á Carneádes, y progenitor de todas las escuelas utilitarias que, desde Bentham, y antes de Bentham, han sido lógica consecuencia del abandono, de la negación ó del extravío de la filosofía primera. Todo sistema sin metafísica está condenado á no tener moral. Vanas é infructuosas serán cuantas sutilezas se imaginen para fundar una ética y una política sin conceptos universales y necesarios de lo justo y de lo injusto, del derecho y del deber, ora lo intente Maquiavelo á fuerza de experiencia mundana y de observación de los hechos, ora pretenda sistematizarlo Littré en su grosera doctrina del *egoísmo* y del *otroísmo*.

Más alcance, más profundidad y vigor de fantasía demuestran las obras de Giordano Bruno, ingenio vivo y poético, enamorado del principio de la unidad y consustancialidad de los seres, antiguo sueño de la escuela de Eléa. Sino que el panteísmo de Giordano Bruno, predecesor del de Schelling, no es meramente



idealista y dialéctico, como el de los eleatas, antes cobra fuerza y brio de su contacto con la tierra, y del poderoso elemento naturalista que le informa. Por eso no concibe la esencia abstracta é inerte, sino en continuo movimiento y desarrollo de su sér, y pone en la causalidad el fondo de la existencia, y ve á Dios expresado y encarnado en las criaturas (*Deus in creaturis expressus*) que constituyen una vida única, de inmensa é inagotable realidad. Bruno ya no es cristiano: es del todo racionalista, y lo mismo puede afirmarse de Vanini, napolitano como él; pero que no pasó de averroista y ateo vulgar, más célebre por la gracia de su estilo y por lo desastrado de su fin, que por la novedad ó transcendencia de sus ideas.

La misma Reforma contribuyó, aunque indirectamente, á desarrollar estas semillas impías. Muy pronto, y por virtud de la lógica innata en los pueblos del Mediodía, los italianos y españoles que abrazaron el protestantismo, rompieron las cadenas de la ortodoxia reformada, arrojándose á nuevas y audaces especulaciones, especialmente sobre el dogma de la Trinidad, ora resucitando las olvidadas herejías arrianas y macedonianas, y las de Paulo de Samosata y Fotino, ora discurriendo nuevos caminos de errar, que paraban, ya en el panteísmo ó *pan-cristianismo* de Miguel Servet, ya en el deísmo frío y abstracto de los Socinos de Siena. Nacida en Italia la secta de los socinianos, y difundida en Polonia, Hungría y Transilvania, vino á ser poderosísimo auxiliar de los progresos de la filosofía anticristiana. El mismo Voltaire, y todos los deístas del siglo pasado, lo reconocen.

En Italia y en España, la poderosa reaccion católica, sostenida por tribunales como nuestra Inquisición, por reyes y Pontífices como Felipe II, Paulo IV, Sisto V, y por el grande y admirable desarrollo de las ciencias eclesiásticas en la segunda mitad del siglo XVI, evitó que estos gérmenes llegasen á granazón, y redujo sus efectos al carácter de aberración y accidente; pero no así en Francia, donde el tumulto de las guerras religiosas,

y el contagio nacido de la vecindad de los países protestantes, y la duda y desaliento que por efecto de la misma lucha se apoderó de muchos espíritus, y quizá malas tradiciones y resabios del *esprit gaulois* del siglo XIV, tocado de incurable ligereza y aun de menosprecio de las cosas santas, bastaron á engendrar cierta literatura escéptica, grosera y burlona, cuyo mas exímio representante es Rabelais, y á la cual, mas ó menos, sirvieron Buenaventura Desperiers en el *Cymbalum mundi*, y hasta Enrique Estéfano (acusado y perseguido como ateo por los calvinistas de Ginebra), en su Apología de Herodoto. Con mas seriedad, aunque no mucha, y con otra manera de escepticismo, no batalladora ni agresiva, sino plácida y epicúrea, como que cifraba su felicidad en dormir sobre la almohada de la duda, escribió Montaigne sus famosos *Ensayos*, ricos de sentido práctico y de experiencia de las cosas de la vida, y donde hasta los lugares comunes de moral filosófica adquieren valor por la maliciosa ingenuidad y la gracia de estilo del autor, á quien siguió muy de cerca Charron en su libro *De la Sagesse*. Ni uno ni otro eran tan escépticos como nuestro Sanchez; pero Sanchez era un buen creyente, y dudaba solo del valor de la ciencia humana, mientras que Montaigne, en son de defender á Raimundo Sabunde, socava los fundamentos y pruebas de la religion revelada, y hasta de la natural. ¡Donosa defensa de la teología natural de Sabunde, decir que sus argumentos son débiles, pero que no hay otros más fuertes y poderosos que demuestren las mismas verdades!

A los que en Francia seguian este y otros modos análogos de pensar, se los llamó en el siglo XVI *Lucianistas*, por su semejanza con el satírico Luciano, mofador igualmente del paganismo y del cristianismo, y en el siglo XVII *libertinos*, llegando á adquirir entre ellos cierta fama, durante la menor edad de Luis XIII, el mediano poeta Teófilo de Viaud, sobre todo por las acres inyectivas que contra él disparó el Jesuita Garasse, y por el duro castigo con que fueron reprimidas sus blasfemias. Otros nombres



mas ilustres han querido algunos afiliarse á este partido, y entre ellos á La Motte Le Vayer, apologista de las virtudes de los paganos, y al bibliotecario Gabriel Naudé, impugnador de los sobrenaturales efectos de la magia.

El esplendor católico y monárquico del reinado de Luis XIV oscurece y borra la tibia claridad de toda esta literatura desmandada y aventurera. Cuando hablaban Fenelon y Bossuet, cuando Pascal esbozaba su apología del cristianismo, reducida hoy á la forma fragmentaria de *Pensamientos*, donde es de sentir que el tradicionalismo ó escepticismo místico tenga tanta parte, ¿qué habian de importar las estériles protestas de algunos refugiados en Holanda, hijos del calvinismo, y que del calvinismo habian pasado á la impiedad, ni qué papel habia de hacer el epicureismo mundano y galante que se albergaba en los salones de Ninon de Lenclos? Tan grande y poderoso era el espíritu católico de la época, que atajó, por de pronto, hasta los efectos del cartesianismo, y de la duda metódica, y del psicologismo exclusivo que en él andaban envueltos. Y ni siquiera Espinosa, desarrollando por método geométrico el concepto cartesiano de la sustancia en los dos modos de infinita extension y pensamiento infinito, y formando el sistema panteísta mas lógico y bien trabado de cuantos existen, bastó á abrir los ojos á tantos católicos como de buena fe *cartesianizaban*. Ni vieron que el hacer tabla rasa de cuanto se habia especulado en el mundo, encerrarse en la estéril soledad de la propia conciencia, sin mas puerta para pasar del orden ideal al real, que un sofisma de tránsito, era sentar las bases de toda doctrina racionalista, y dejar en el aire los fundamentos de la certeza, y hacer la ontología imposible.

Con ser el cartesianismo filosofía tan mezquina, si es que el nombre de filosofía y no el de motín anárquico merece, aún encerraba demasiada dosis metafísica para que fuera grato al paladar de los pensadores del siglo XVIII. Ni pudo elevarse ninguno de ellos á la amplia concepcion de la *Ética* de Espinosa, ni

entendieron tal libro, ni le leyeron apenas, y si hicieron sonar el nombre del judío de Amsterdam como nombre de batalla, fué porque le consideraban como un ateo vulgar, semejante á ellos, y por el *Tratado teológico-político*, del cual solo vieron que impugnaba el profetismo, y los milagros, y la divina inspiracion de los libros de la Escritura.

Mucho mas que Espinosa les dió armas Pedro Bayle con su famoso *Diccionario*, enorme *congrégies* de toda la erudicion menuda, amontonada por dos siglos de incesante labor filológica: repertorio de extrañas curiosidades, aguzadas por el ingenio cáustico, vagabundo y maleante del autor, enamorado, no de la verdad, sino del trabajo que cuesta buscarla, y amigo de amontonar nubes, contradicciones, paradojas y semillas de duda, sobre todo en materias históricas.

Diferente camino habian llevado las cosas en Inglaterra, recientemente trabajada por la discordia de las sectas protestantes. Allí habia nacido una filosofía, que con no ser indígena (porque en su esencia ninguna filosofía lo es), se ajustó maravillosamente al carácter práctico, positivo, experimental y anti-metafísico de la raza que en el siglo XIV habia producido un tan gran nominalista como Guillermo Occam. Esa filosofía empírica es la del canciller Bacon, despreciador de toda especulacion acerca de los universales, y de toda filosofía primera, y atento sólo á la clasificacion de las ciencias y al método inductivo, cuyos cánones habia formulado antes que él nuestro Vives, pero sin exagerar el procedimiento, ni hacerle exclusivo, ni soñar en que Aristóteles no le habia conocido y practicado, ni reducir la ciencia á la filosofía natural, y ésta descabezada. Consecuencias lógicas de tal direccion y manera de filosofar son el materialismo fatalista de Hobbes, que con crudeza implacable le aplicó á los hechos sociales, deduciendo de su contemplacion empírica la apología del gobierno despótico y de la ley del más fuerte; el sensualismo de Locke, con aquella su hipócrita duda de si Dios pudo dar intelec-



cion á la materia por alguna propiedad desconocida; y los ataques, al principio embozados y luego directos, que contra el dogma cristiano empezaron á dirigir Toland, Collins, Shaftesbury, Bolingbroke y muchos otros deistas, naturalistas y *optimistas*, en cuyos libros se apacentó un jóven francés, educado en la corrupcion intelectual y moral de la Regencia, riquísimo en gracias de estilo, y hábil para asimilarse el saber ageno y darle nueva y agradable forma. Hemos llegado á Voltaire.

M. MENENDÉZ PELAYO.

(*Se continuará.*)

# LOS PARÁSITOS.

## ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—Los negocios, Indalecio, los negocios—continuó D. Pelegrin; balanceándose suavemente y en tono de inocente admiración—eso es lo que tienen los negocios; le ocupan á uno, y le.... no hay que darle vueltas, no queda tiempo para nada. Tu abuelo, no..... tu bisabuelo me lo decia un dia (Dios le haya perdonado) que estaba donde yo estoy ahora..... y gastaba el buen señor una chupa verde poncil, que parece que le estoy viendo: Pelegrin,— me decia el buen señor,—«los parroquianos son como los gatos, cuanto más se les acaricia, más sacan las uñas; si se les da, creen que se les engaña, y si se les ofrece, nada toman: ¡duro en ellos Pelegrin! Palabras, pocas, que en boca cerrada no entran moscas, y el buen paño en el arca se vende..... con que que vengan á buscarlo si quieren.»

—¡Por supuesto, por supuesto!—exclamó Indalecio, aprobando á su modo tan singular teoría del tráfico.

—Y venian, ¡vaya si venian!—continuó D. Pelegrin—el cabildo, y los señores de la ciudad, y muchos de la nobleza, y los curiales y estudiantes no gastaban más que de nuestra tienda, y todos, ya sabes el refran..... decian:

«Estos paños de Burguillos  
Duran más que los cepillos.»

Dirigiendo Indalecio una mirada de triunfador al instrumento de limpieza, con el que acababa de sostener descomunal batalla, sintió en tales términos aguijoneada su vanidad por esta leyenda,



en que figuraba su apellido, que no contento con sonreír para saborearla, se agarró las rodillas con entrambas manos, y empezó también á balancearse sobre el mostrador, repitiendo entre risas, guiños y resoplidos aprobadores:

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo!

—Y mi padre..... digo, mi abuelo, no fué el primer Burguillos que se dedicó al comercio; que ya se encontró esta tienda surtida y con parroquia, cuando su tío D. Baltasar le trajo de la Sierra..... ¡Con que ya ves.....! y no digo yo que sea para envanecerse; pero no es uno un cualquiera, y todo el mundo le conoce en Duradon, y muchos hay que.....

—Sí, señor; ahí están los Palominos—insinuó el descendiente de D. Baltasar con singular viveza—una gente venida de ayer mañana.

—No tanto, hombre, no tanto, Juan Palomino, el padre, estuvo aquí de mancebo, y de aquí.....

—Se marchó de mala manera, debiendo á la casa un dineral.

—Mi padre le perdonó la deuda á la hora de su muerte, y no hay que hablar de eso..... sus hijos.....

—¡Sí! buen agradecimiento y buen proceder guardan con V. sus hijos.

—Si son desagradecidos, peor para ellos, Indalecio, peor para ellos; pero estoy seguro de que si algun día los buscase.....

—¡Bah! ¿ellos darle á V.?.... ni los buenos dias;—replicó Indalecio en tono de profundo convencimiento.

—Yo no digo dar, Indalecio; todo mi comercio se funda en no pedir nunca prestado. Cuando necesito géneros, tantos tomo, tantos pago, y en dinero contante; cuando me sobran, ahí se estan; pero nadie podrá decirme que hay aquí—y D. Pelegrín señaló con un movimiento oratorio las tablas de su estantería—ni media vara de bayeta que no sea mia. Si los Palominos pueden decir otro tanto, si en lugar de comprar á ocho y vender á nueve, no tienen más remedio que vender á diez y dar mal género..... si no andan siempre en giros, endosos y trapisondas..... si no cobran comisiones de las fábricas por colocar partidas de desecho—continuó con gradual animacion el bueno de D. Pelegrín—si no tienen que anunciar sus géneros en «El Eco» ó en otro papel público..... tanto mejor para ellos; ¿no es verdad, Indalecio? Si con

un simple recibo levantan todo el dinero que hay en Duradon, como nosotros lo haríamos;—¿no es eso, Indalecio?

—¡Mucho, mucho!—respondió éste, vuelto otra vez al entusiasmo— que lo hagan y hablaremos; y mientras tanto que no se den tono con su escaparate, y sus rótulos en francés.

—Por eso no hay que enorgullecerse, Indalecio; cada uno en su esfera, y viva cada cual como mejor lo entienda. Pero charlando, charlando—continuó D. Pelegrin—se me había olvidado darte una buena noticia.

—La carta de esta mañana; ¿eh?—preguntó Indalecio en tono malicioso.

—¿Pues por dónde sabes tú?....—dijo su padre aparentando gran sorpresa.

—Y más le digo á V., que sé de dónde es la carta y todo.

—¡Curioson!—esclamó D. Pelegrin muy satisfecho de la perspicacia de su hijo.

—¿Qué quiere V.? yo no tengo la culpa de que se deje V. los sobres por el suelo; ¡y como uno tiene buena vista! por el sello.... pues! ¡Toma! y hasta le puedo decir á V. quién la firma.

—¡A que no!

—¡A que sí! Carta de Madrid, ¿de quién ha de ser sino de.... y aquí el bueno de Indalecio se quedó suspenso como para sorprender más á su padre con lo extraordinario de sus dotes adivinatorias.

—¿De quién? vamos, acaba;—dijo éste sin poder ya ocultar su complacencia.

—¡Pues de mi primo! de Juan Antonio, de Anton, de Antoñete,—concluyó Indalecio con notable volubilidad, saltando del mostrador al suelo, y tirando por el aire su gorro con inequívocas señales de alegría y contento.

—¡Chico! ¡estás loco! vamos, ¡cualquiera que te viera!

—Mire V., padre,—continuó Indalecio recogiendo el gorro del suelo, limpiándole esmeradamente, y sentándose otra vez sobre el mostrador—todo el mundo quiere á su familia; ¿no es eso? porque para eso es la familia.... para quererla.... ¿eh? pues bien: á mí me da rabia mi familia.

—¡Vaya una ocurrencia!—esclamó su padre no tan alarmado como parecia exigir la aventurada afirmacion de su hijo.



—Sí señor, lo dicho,—continuó éste—me da rabia, porque conozco que no puedo vivir sin ella; me da rabia, porque está visto que solo, no sirvo ni para apretar un empedrado; ¡ea, sí señor! me da rabia, porque comprendo que el día que se mueran V. y Juan Antonio, y la Prisca, me tienen que llevar al hospicio por vago y por tonto,—y sacando un pañuelo á cuadros blancos y azules, que por su tamaño y calidad bien pudiera en alguna ocasion haber servido para empaquetar piezas de paño, se sonó las narices con la energía que desplegaba en todos los momentos graves de su vida.

—¡Bien, bien, Indalecio!—contestó su padre tras de breve pausa—ya sé que tienes buenos sentimientos; y aunque eres algo brusco.....

—Y bruto,—insinuó Indalecio echando centellas por los ojos.

—¡No, hombre, no!

—¡Sí señor! bruto: ¡si me lo vendrá V. á negar á mí! por más que hago, no puedo meterme ciertas cosas en la cabeza..... nada, en diciendo que no quieren entrar, se acabó; ¡no entran!

—Desengáñate, Indalecio: eso le sucede á mucha gente; solo que no todos lo confiesan.

—Con que diga V., padre,—preguntó Indalecio, sin manifestarse grandemente agradecido á la galantería paterna,—¿cuándo ese escribe será..... que va á venir?—¡vamos, no me engañe V.; si va á venir, dígamelo V. con formalidad!

—Pues sí; parece que viene..... y pronto.

—¿Cuándo? ¿mañana? ¿hoy? ¿esta noche?

—No lo dice, hombre: no dice, sino que el día menos pensado le tendremos aquí.

—¿Aquí, eh? ¿en casa? ¿en nuestra casa? ¿en su casa? ¡vamos, si parece mentira!.... y luego dice la Prisca..... ¡si es el hombre más bueno que come pan! ¡después de tantos años acordarse de nosotros..... y venir.....! ya decía yo que él vendría..... pero así de repente..... ¡válgame Dios! y ni se ha blanqueado la alcoba, ni ha venido el chocolatero, ni..... digo, vaya V. á saber si con haber vivido tanto tiempo en la corte le gustará ya el chocolate, y la caza con chillones, y el pescar cangrejos!.... sí que le gustará; ¿no es verdad, padre? Y yo sí que me voy á divertir, ¡caramba! Iré con él al café los domingos; y al teatro, y me hará reir..... como antes, con aquel humor y aquella..... porque él sí que es

listo, ¿no es verdad, padre? no es como otros sandios que yo conozco, ¿eh? ¡que no saben andarse solos!....—E Indalecio guiñaba un ojo, y se señalaba á sí mismo con el pulgar de la mano derecha con los signos más descorteses y sarcásticos—ya quisiera yo verle hablar con los Palominos de comercio ó de cualquier otra cosa, aunque fuera de política, ¿eh? ¡buenos los dejaría!

—Sí, sí, ¡él es listo!—afirmó D. Pelegrin, como si á pesar suyo se viera convencido de esta verdad;—es muy listo..... como su madre (que en gloria esté); lo que yo no puedo comprender es cómo no aprovecha sus buenas cualidades dedicándose al comercio.

—¡Toma, si hubiera querido, valiente cosa le hubiera costado! Y mire V., padre.... cuidado que yo le tengo aficion al comercio y..... vamos, que con V. y la Prisca, á pesar de ser lo que soy, no me vandeo mal, ¿eh? pues á pesar de eso, cuando considero que él no ha querido entrar con nosotros en sociedad, ¿qué se yo? pero me figuro si habrá alguna cosa, alguna ocupacion..... ó alguna otra manera de ganar dinero mejor que esta.... porque cuando él, que es tan listo, no ha querido.....

—¡Vaya, vaya, Indalecio! no disparates: esto ha sido capricho suyo y nada mas..... luego..... la educacion..... ya ves, hijo de un abogado, de un oficinista, no conoce la profesion; ¿qué quieres hacerle? á pesar de todo su talento, no sabria por dónde empezar. ¡Nada, nada! Indalecio,—añadió su padre con aire de profundo convencimiento—no hay mejor ocupacion que la que ha dado de comer á tus abuelos y á tus padres..... ¡zapatero, á tus zapatos!.... lo demás es bambolla..... Y D. Pelegrin comenzó á doblar lenta y pausadamente las piezas de paño colocadas en la portada, mientras que Indalecio, quitando la vidriera que hacia de escaparate, y cerrando las medias puertas que separaban la tienda del portal, ayudaba á su padre á borrar las huellas (si esto era posible aun por breve rato) del arriesgado tráfico á que se dedicaban.

No bien lo habian hecho, cuando en la escalera que de la tienda-portal conducia á las habitaciones interiores se oyeron pasos precipitados, y rechinando una puertecilla asomó por ella una cabeza de mujer y se oyó una voz bastante áspera que dijo:

—¿Pero no cenan Vds. esta noche, ó qué?



—Allá vamos, Prisca, allá vamos,—respondieron á una voz padre é hijo.

—Allá vamos y hablaremos, añadió éste— haciendo á D. Pelegrin signos de inteligencia.

—¡Pues ya han tenido Vds. tiempo de hablárselo todo!—dijo la voz, y desapareció la cabeza y volvió á rechinar la puertecilla.

Un momento despues padre é hijo tomaron el mismo camino, desapareciendo uno tras otro por la oscura escalera que, como la tienda, como el escaparate, como el mostrador, y como ellos mismos, exhalaba ese olor rancio y mohoso, pero consolador y simpático, peculiar de los objetos familiares y envejecidos.

## CAPITULO II.

TULA SCHEINER.

«En los salones de cierta elegante y discretísima dama, extranjera de origen, española por su corazón y por la generosa hospitalidad á cuanto encierra de notable nuestro país, se hablaba anoche, como rumor muy autorizado, de la candidatura con que la coalición liberal ha de luchar en algunos de los distritos vacantes enfrente de las candidaturas oficiales. Fácil nos sería dar la lista completa de esos nombres, muy conocidos y apreciados en su mayor parte, si no temiéramos ser indiscretos, anticipando el momento y la ocasión en que esos nombres han de revelarse al país, causando algunos de ellos no poca sorpresa al ministerio, que no creeria por cierto encontrarse enfrente de adversarios tan serios y respetables.»

—¿Está bien así?

—Perfectamente; ahora, á continuacion, un suelto breve, de dos líneas.

—Que diga poco mas ó menos:—«Nuestro querido amigo, Don Juan Antonio Ruiz del Busto, saldrá mañana para Duradon, su país natal. Su viaje está relacionado con la cuestion electoral.»

—Eso es; me ha entendido V. á media palabra. Se me figura que todo está corriente y puedo marcharme tranquilo. Ya sabe

V. el momento oportuno en que hemos convenido que debe soltarse la noticia del proyecto de supresion de la capitania general.....

—Cuatro ó cinco dias antes de las elecciones.

—Y que la noticia han de publicarla Vds.; así lo he convenido con Ponce.

—Pierda V. cuidado.

—Y que la intencion, más que la letra del periódico, ha de sernos propicia.

—Por lo que á mí toca, lo mismo me da escribir eso que cualquier otra cosa.

—¡Tanta indiferencia!

—Qué quiere V., yo soy una máquina de escribir.....

—Bien, bien, convenido; es V. inteligente y activo, amigo Perez, pero ya que estamos solos permítame V. que le dé un consejo. ¿El periodismo es un sacerdocio, no es eso? V. no cree en la predestinacion de esos sacerdotes, ni yo tampoco, ni ninguno de los que tal dicen; pero ¡qué diantre! hay que decirlo, porque el dia que no lo digamos se fué á paseo el sacerdocio..... y lo que es peor, los derechos de estola y pie de altar.

—Es que los que vivimos en él, condenados á ser acólitos de por vida, la llevamos bien triste.

—Hay que fingir que vivimos alegres.

—¿Aunque no lo estemos?

—¿Y quién lo está por dentro y por fuera?

—Ustedes, los que han salido de las órdenes menores sin pasar por las pruebas del noviciado.

—¿Y cree V. que no hay nada mas penoso que esas pruebas?

—Así me lo figuro á juzgar por las mias.

—Cree V. que no hay nada que seque mas el corazon, que agote mas la inteligencia, que enerve mas la voluntad, que el trabajo ingrato y estéril, pero independiente, á que V. se dedica?

—Si el ser una máquina.....

—¡Una máquina! ¡Una máquina! ¿Y qué es, Ponce, el director titular del periódico que V. escribe? ¿Que soy yo, su amigo en secreto y su enemigo en público? ¿Qué son tantos poderosos, y segun V., sumos sacerdotes, que se pasean por Madrid y por estos salones de nuestra comun amiga Tula?.... Máquinas, y nada mas



que máquinas. El motor de las unas es la ambicion, de las otras la necesidad, de muchas la avaricia, la vanidad ó el orgullo. Algunas, la de V. de seguro, acaso la mia, fueron forjadas para otros oficios y otras explotaciones que los que hoy ejercen..... para algo mas noble, para algo mas digno, para algo mas santo: empezaron á girar sus ruedas, crujiéron sus pistones, y la fuerza motriz movió pesos inmensos, y desarrolló impulsos formidables..... en el aire, en la nada, en el vacío. Forzoso fué pararlas y engrasarlas de nuevo, aplicándolas á empresas mas realizables, á industrias mas prácticas.

—Yo.....

—Usted pone su literatura al servicio de un majadero, yo entro en sociedad..... política, la peor de las sociedades..... con una coleccion de imbéciles, aportando mi talento, mi actividad y mi alma entera para realizar torpezas, y acaso acaso acometer maldades. ¿Quiere V. mi lote? Yo le cambiaria con gusto por el suyo, que mejor es al fin y al cabo firmar sandeces escritas, que ser responsable de tonterías realizadas.

—Me sorprende ese lenguaje trantándose.....

—¡De mi partido! ¡de mi ilustre, de mi gran partido! ¡de la bandera que voy á desplegar en Duradon.... mi pais natal, donde nadie se acuerda ya de mí, y que, sin embargo, voy á perturbar, á dividir, á corromper, tal vez por muchos años.

—Juan Antonio, nunca ha hablado V. de ese modo.

—¡Qué quiere V.! hay momentos de debilidad moral ó nerviosa (que de esto no estoy muy seguro), en que se experimenta la necesidad de despreciar algo para ser uno menos despreciable.

SANTIAGO DE LINIERS.

*(Se continuará.)*